



La epístola de Santiago

UN COMENTARIO BREVE

ZANE C. HODGES

La epístola de Santiago: Un comentario breve es una traducción al español del extracto correspondiente a *Santiago* en *The Grace New Testament Commentary*.

Hodges, Zane C., 1932-2008

Traductor: Óscar Pellús Ruiz

Derechos de autor © 2010, 2025
Grace Evangelical Society

Para solicitudes de información, comuníquese a:
ges@faithalone.org, www.faithalone.org

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede reproducirse de ninguna manera sin el permiso previo del editor, excepto lo permitido por la ley de derechos de autor de EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas se toman de la Versión Reina-Valera 1960 © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas en América Latina.

Grace Evangelical Society
P.O. Box 1308
Denton, TX 76202

Impreso en EE. UU.

LA EPÍSTOLA DE SANTIAGO: UN COMENTARIO BREVE

INTRODUCCIÓN

LA EPÍSTOLA DE SANTIAGO es un escrito cristiano bellamente construido, compuesto por un hábil comunicador con corazón de pastor. Su estilo es conciso y vívido, y emplea una amplia gama de ilustraciones efectivas, lo cual facilita imaginar que también enseñaba oralmente la verdad de Dios con gran vigor.

Considerada un elemento indispensable del canon del Nuevo Testamento, la sólida sustancia de esta epístola invalida la evaluación inicial de Lutero, quien la describió como una “epístola de paja”. El libro de Santiago refleja la voz de un gran líder cristiano cuya comprensión de la vida espiritual y de la naturaleza humana es equiparable a la de cualquier otra figura del Nuevo Testamento. La iglesia moderna ignora las advertencias profundamente prácticas de Santiago por su cuenta y riesgo.

Autoría

El autor se presenta como *Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo* (1:1). Pero ¿quién es este Santiago?

El "Santiago" más frecuentemente asociado con esta epístola es el medio hermano de Jesús. Si la epístola fue escrita después de la muerte del apóstol Santiago (véase la discusión sobre la fecha), entonces Santiago, el hermano del Señor, sería el único Santiago conocido que permanecía en la iglesia cristiana de Israel. En ese

caso, podría haberse presentado de forma sencilla y modesta como “siervo de Dios y del Señor Jesucristo” (1:1). Además, es probable que el portador de la epístola conociera a su autor e informara de ello a los destinatarios allí donde fuera leída. Por otro lado, el tono de autoridad de la epístola sugiere una figura bastante respetada e influyente, en lugar de un Santiago desconocido.

Así pues, no hay razones de peso para rechazar la postura tradicional que atribuye la autoría a Santiago, el hermano del Señor. Por el contrario, la epístola encaja perfectamente, en detalles importantes, con esta identificación de su autor.

Audiencia, fecha y destino

Santiago designa a su audiencia como *las doce tribus* (1:1), lo que identifica naturalmente a los destinatarios como judíos. Tanto el tono como el contenido de la epístola respaldan esta interpretación. La idea de que la epístola de Santiago es un documento judío no cristiano al que se le han añadido algunos elementos cristianos se considera hoy en día ficticia. No obstante, Santiago no hace referencia a los gentiles ni muestra conciencia del tipo de evangelismo característico de la misión paulina, lo que sugiere que esta epístola podría haber sido escrita antes de la evangelización de los gentiles registrada en Hechos.

Si la fecha tradicional de la muerte de Santiago (año 62 d.C.) es correcta, la epístola no pudo haberse escrito después de ese año. Además, la ausencia de referencias a problemas derivados de la conversión de gentiles sugiere que podría haberse escrito a mediados o finales de la década del 30. Tomando el 3 de abril del año 33 d.C. como la fecha de la crucifixión, la conversión de Saulo de Tarso (Pablo) pudo haber ocurrido en el año 34 d.C., dejando aproximadamente un año o un poco más para los eventos de Hechos 1–9. En ese caso, la epístola podría haberse escrito incluso en el año 34 d.C.

Si se asume que la epístola se escribió en una fecha temprana, antes de la expansión del evangelio al mundo gentil, puede entenderse entonces la frase: *las doce tribus que están en la dispersión*. La expresión *en la dispersión* traduce el término griego *en tē diaspora* (“en la dispersión”).

Desde su situación unificada y comunitaria en Jerusalén (cf. Hechos 4:32-35), los primeros cristianos fueron “dispersados” por Judea y Samaria. De hecho, en Hechos 8:1, la expresión en español (*ellos*) *fueron esparcidos* traduce *diesparēsan*, que proviene de la misma raíz griega que *diáspora*. Si Santiago fue escrito para esta audiencia dispersada poco tiempo después de haber atravesado una experiencia tan difícil, el énfasis pastoral del autor en el valor espiritual de las pruebas resulta sumamente apropiado.

Es posible que la carta fuera escrita incluso antes de la evangelización de Samaria. Sin embargo, dado que los samaritanos tenían una relación racial con los judíos, los primeros cristianos podrían haber considerado a los conversos samaritanos como un retorno a la comunidad espiritual de *las doce tribus*, que constituían el verdadero Israel de esa época (cf. Romanos 2:28-29). Un estudio detallado de los primeros capítulos de Hechos muestra que los cristianos aún no veían a la Iglesia como una entidad distinta de Israel en propósito y carácter. Este entendimiento llegaría más tarde, por medio de Pablo y de los demás *santos apóstoles y profetas* de la Iglesia primitiva (Efesios 3:5).

En conclusión, la epístola de Santiago fue una carta pastoral escrita a los creyentes judíos dispersos de Israel, probablemente en un periodo *anterior* a la misión inicial de Pablo al mundo gentil, es decir, en *Arabia* (Gálatas 1:17). Esto sugiere una fecha entre los años 34 y 35 d.C. Según esta perspectiva, Santiago sería, con diferencia, el documento más antiguo del Nuevo Testamento (Gálatas, el siguiente libro escrito, puede fecharse hacia el año 49 d.C.).

Propósito

Santiago escribe a los cristianos dispersados (1:1) debido a la persecución que surgió tras la muerte de Esteban. Esta persecución probablemente ya había cesado (véase Hechos 9:31). Sin duda, el recuerdo de esos problemas recientes seguía fresco en la mente de los lectores. Sin embargo, había pasado suficiente tiempo para que surgieran nuevas dificultades, y las tensiones resultantes se manifestaban en diversos problemas dentro de las iglesias, como *guerras y pleitos* (4:1). La epístola de Santiago busca alentar a estos creyentes a enfrentar las pruebas con fe y perseverancia (5:7-8, 10), y a renovar un espíritu de paz dentro de las iglesias (5:9).

La epístola de Santiago

La estructura de la epístola de Santiago nos ayuda a definir con mayor precisión su propósito. La triple exhortación de 1:19 —“Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse”— constituye, de hecho, la clave para el desarrollo de la epístola. Santiago adopta una estructura retórica conocida y aceptada por los antiguos escritores para sus discursos. Por supuesto, como ha señalado la crítica retórica contemporánea, es casi seguro que los documentos del Nuevo Testamento estaban destinados a ser leídos en público en las iglesias. Así, la carta de Santiago es, básicamente, un discurso o sermón presentado en forma escrita. Sus elementos básicos son los siguientes: un prefacio o prólogo (1:2-18), seguido de una declaración temática (1:19-20); un cuerpo, llamado por los retóricos griegos *kephalaia*, o “encabezados” (1:21–5:6); y un epílogo (5:7-20). El siguiente esquema muestra esta estructura.

Con este plan en mente, el material temático de 1:19-20 revela el propósito de Santiago, como se muestra en el siguiente esquema.

ESQUEMA

- I. Salutación (1:1)
- II. Prólogo: Responde correctamente a las pruebas (1:2-18)
 - A. Acepta las pruebas (1:2-11)
 - B. No acuses a Dios (1:12-18)
- III. Tema: Comportarte bien en las pruebas (1:19-20)
- IV. Cuerpo: Cultiva el comportamiento necesario (1:21–5:6)
 - A. Sé pronto para oír (1:21–2:26)
 - B. Sé tardo para hablar (3:1-18)
 - C. Sé tardo para airarte (4:1–5:6)
- V. Epílogo: Persevera en las pruebas hasta el final (5:7-20)

A. La perseverancia será debidamente recompensada

(5:7-11)

B. La oración puede afianzar la perseverancia (5:12-20)

COMENTARIO

I. Salutación (1:1)

1:1. El autor de la epístola es, evidentemente, Santiago, uno de los medio hermanos de Jesús (véase *Introducción*), y un líder destacado en la iglesia de Jerusalén. Sin embargo, no reclama ningún título prestigioso, sino que simplemente se presenta como **siervo de Dios y del Señor Jesucristo**. Esta humildad es comprensible en alguien que creció en el mismo hogar con el Hijo de Dios sin pecado.

Santiago se dirige a una audiencia a la que llama **las doce tribus que están en la dispersión**. Si esta epístola estaba dirigida a cristianos judíos poco después de la primera persecución de la iglesia en Jerusalén (alrededor del año 35 d.C.; véase *Introducción*), los destinatarios serían el verdadero Israel *creyente* dentro de la nación judía en su conjunto (cf. Romanos 2:28-29; 9:6-8).

II. Prólogo: Responde correctamente a las pruebas (1:2-18)

A. Acepta las pruebas (1:2-11)

1:2-4. Santiago se refiere a sus lectores como sus **hermanos**, no porque sean judíos como él, sino porque han nacido de lo alto, *traídos... por la palabra de verdad* (1:18; cf. Hechos 9:30; 10:23, etc.). Esta forma de dirigirse, *hermanos míos*, es frecuente en esta epístola (1:16, 19; 2:1, 5, 14; 3:1, 10, 12; 4:11; 5:7, 9, 10, 12, 19). Incluso una lectura superficial de 1:2-18 deja claro que el autor considera cristianos a sus lectores. Puede decirse que, en ninguna parte de la epístola —ni siquiera en 2:14-26—, el autor deja lugar a dudas de que quienes forman parte de la audiencia son realmente sus hermanos en el Señor. Si este hecho tan claro y evidente se pasa por

alto, se corre el riesgo de caer en un lodazal de interpretaciones sesgadas, como les ha ocurrido a no pocos expositores de Santiago.

En realidad, las palabras **tened por sumo gozo** abren el versículo 2 en el texto griego. Expresan precisamente el tono de triunfo que Santiago quiere transmitir a sus hermanos cristianos. Deberían estar gozosos en medio de las pruebas porque tienen un propósito positivo y profundamente beneficioso en el plan de Dios. Ese propósito se menciona aquí como algo que los lectores ya conocen: la intención de Dios al permitir que la fe sea probada es producir **paciencia**, o más precisamente, “constancia” o “perseverancia”. Dios trabaja para formar cristianos fuertes que puedan perseverar en tiempos difíciles sin desfallecer.

Sin embargo, los creyentes no deben ser impacientes. Este es el enfoque del versículo 4. Cuando Santiago exhorta a sus lectores a dejar que la “perseverancia” (**paciencia**) lleve a cabo **su obra completa**, está diciendo que deben permitir al Señor que lleve a cabo una obra completa de perseverancia en ellos. Por supuesto, Santiago no se refiere a una perfección sin pecado cuando habla de *perfecto*. Ambas palabras griegas, **perfectos y cabales**, expresan prácticamente lo mismo, pero podrían traducirse así: “para que seáis completos e intactos, sin ninguna deficiencia”.

1:5. Una de las deficiencias que las pruebas revelan con frecuencia es la falta de sabiduría. Por tanto, si la “perseverancia” ha de lograr su “obra completa”, es necesario suplir esa carencia de **sabiduría** en los creyentes. Por supuesto, Santiago no está hablando aquí de cualquier tipo de *sabiduría*, ya que los creyentes siempre tendrán carencias en muchas áreas mientras estén en el cuerpo. Más bien, en este contexto, Santiago se refiere a esa sabiduría específica necesaria para afrontar las *diversas pruebas* que experimentan.

Por lo tanto, si una prueba en particular revela una falta de sabiduría en algún área, ¿qué debe hacer el creyente? Santiago responde que debe orar por esa sabiduría. A Dios le complace otorgar sabiduría, y la concede abundantemente. **Pídala** a Dios — reitera Santiago— **el cual da** (cf. Mateo 7:7; Lucas 11:9).

1:6. Ahora bien, hay un requisito importante. La petición de sabiduría debe hacerse **con fe** (v. 6). Esto también significa que debe hacerse **no dudando nada**. La fe y la duda son, por supuesto, opuestas. Cuando uno duda, no está creyendo; cuando uno cree, no está dudando (véase Mateo 14:31; 21:21; 28:17; Marcos 11:23;

Romanos 14:23). El cristiano que acude a Dios en busca de sabiduría debe acercarse con una confianza serena en el Señor. Si su corazón está sacudido por dudas sobre la disposición o la capacidad de Dios para conceder su petición, este cristiano es **semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra**. Es decir, está atrapado en la incertidumbre y la confusión.

1:7. Su falta de confianza en Aquel a quien acude en oración es algo muy serio. De hecho, constituye un insulto al mismo Dios. Un hombre así no debería esperar **que recibirá cosa alguna del Señor**. Así como la vida cristiana comienza con la confianza de que la vida eterna se obtiene por la fe en Cristo, la necesidad constante del creyente de buscar sabiduría debe ir acompañada de esa misma confianza en Dios.

Por otro lado, no se debe asumir que la respuesta a una oración que pide sabiduría llegará de inmediato, como un relámpago en el momento en que se formula. Llegar a esta conclusión sería ignorar el contexto del razonamiento de Santiago en este pasaje. Santiago acaba de señalar que el objetivo de Dios en las pruebas es proveer aquellos activos espirituales que faltan (vv. 3-4). Por lo tanto, uno puede esperar que Dios responda a su oración por sabiduría a través de la misma prueba, mientras *la resiste* hasta que la *obra perfecta* de Dios en él se complete. Una oración apropiada podría ser: “Padre, ayúdame a obtener de esta prueba la sabiduría que deseas para mí”.

1:8. El cristiano que no puede confiar plenamente en Dios para suplir su necesidad de sabiduría es espiritualmente inestable. De hecho, es **de doble ánimo** (*dipsychos*, “de dos almas”), alguien con una especie de “personalidad dividida”. Una parte de él sabe que debe dejar esta necesidad de discernimiento en manos de Dios, mientras que la otra parte todavía siente que puede, y debe, resolver el problema por sí mismo. Esa división interna probablemente lo conducirá por un camino zigzagueante, lleno de errores y falsos comienzos. El cristiano que combina la falta de sabiduría con el espíritu de un “Tomás escéptico” es un candidato ideal para el desastre. Como lo expresa Santiago, es **inconstante en todos sus caminos**.

1:9. ¿Cómo debería el hermano **de humilde condición** aceptar las pruebas? (Por *hermano humilde*, Santiago probablemente se refiere a un “hermano pobre”, ya que lo contrasta con el hermano rico en el v. 10). ¿No tiene ya suficientes dificultades un cristiano

de baja condición social solo por su estatus? ¿Cómo puede un *hermano* así aceptar con calma, e incluso con gozo, las pruebas adicionales que a menudo le sobrevienen, especialmente aquellas que se presentan precisamente por ser cristiano? La solución que Santiago ofrece es sencilla: ese hermano debería considerar sus pruebas como una forma de **exaltación**.

El contexto inmediato sugiere dos razones para ello. Primero, Dios presta atención al *hermano humilde* al utilizar las pruebas para hacerlo una mejor persona (vv. 3-4). No hay mayor honor que ser objeto de la gracia y del cuidado amoroso de Dios. Además, Dios se dispone a conceder a este hermano *la corona de vida*, que reciben aquellos que soportan las pruebas (v. 12 y su discusión). Esto también es una *exaltación*. Por lo tanto, la *exaltación* del hermano humilde es tanto presente (a través de la prueba misma) como futura (en su resultado). Esta debería ser la actitud del hermano pobre frente a las dificultades.

1:10. La situación es diferente para el hermano **rico**. El hermano cristiano adinerado debe **gloriarse** (también implícito en el v. 9) en sus pruebas personales, ya que estas representan una forma de **humillación**. Como todas las personas con abundantes bienes materiales, el cristiano rico puede olvidar fácilmente que **pasará como la flor de la hierba**.

Sin embargo, Dios puede usar las pruebas para recordarle la transitoriedad de su vida terrenal y la rapidez con la que puede perder todos sus bienes materiales (cf. Lucas 12:18-21). Debe regocijarse en sus sufrimientos, pues lo hacen humilde y le recuerdan que, al fin y al cabo, es un simple ser humano, cuya vida es “neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece” (Santiago 4:14).

1:11. Para reforzar su razonamiento, Santiago compara al hombre adinerado con la simple *hierba* del campo, que **se seca** bajo **el calor abrasador**. Sus **empresas** cesarán abruptamente con su muerte. El cristiano rico puede aprovechar sus dificultades para tener esto presente.

B. No acuses a Dios (1:12-18)

1:12. Santiago inicia aquí la segunda sección de su introducción. Aquel que adopta la actitud que prescribe en los vv. 2-11, **soporta la tentación** (*peirasmós*, la misma palabra que se traduce como

pruebas en el v. 2) y puede anticipar una recompensa. Soportar la tentación (y las pruebas) permite que los creyentes sean **probados** (RVA-2015). Al usar la palabra *probado* (*dokimos*), Santiago hace referencia al desarrollo del carácter mencionado en los vv. 2-4 (cf. Rom 5:3-4a). El cristiano cuya perseverancia en las pruebas ha contribuido a formar un carácter aprobado (*dokimēn*) es ciertamente *bienaventurado* por Dios.

La razón por la que debe considerarse **bienaventurado** es que, al haber sido aprobado, **recibirá la corona de vida**. Surge aquí la pregunta de si la **corona de vida** a la que se refiere Santiago es un beneficio presente o futuro. Ambas interpretaciones son posibles; sin embargo, la *vida* en cuestión no debe confundirse con el don gratuito de la vida que Santiago menciona un poco más adelante (vv. 17-18; cf. Romanos 6:23; Apocalipsis 22:17, etc.). Claramente, el v. 12 se refiere a una *recompensa* por resistir las pruebas.

Si la recompensa es *futura*, un versículo paralelo podría ser Gálatas 6:8, donde la futura “cosecha” de las obras de un creyente se presenta como la siega de la vida eterna. Aunque la vida eterna se recibe inicialmente como un don, a los cristianos obedientes se les ofrece la posibilidad de obtenerla “en abundancia” (Juan 10:10).

Sin embargo, es más probable que Santiago esté pensando en cómo Dios enriquece la experiencia *presente* de la vida cuando se superan con éxito las pruebas. Esta interpretación cobra mucha fuerza a la luz de la declaración posterior de Santiago en 5:11, que retoma claramente los temas de 1:3-12, incluyendo la referencia a ser “bienaventurado” (1:12) en las palabras “tenemos por bienaventurados” (5:11). Todo lector judeocristiano de Santiago comprendería cómo Dios bendijo abundantemente la vida de Job después de que terminaran sus pruebas. Por tanto, parece bastante probable que Santiago se refiera al enriquecimiento de la experiencia *temporal* de la *vida* (siempre espiritualmente y a veces materialmente) en la expresión *la corona de vida*.

Por último, esta experiencia está reservada para **los que le aman**. Solo a ellos les ha *prometido* Dios esta *corona de vida*. De hecho, se puede afirmar que cada una de las diversas dificultades que enfrentan los creyentes es, de una forma u otra, una prueba de su amor a Dios. Con cada prueba surge la tentación de resistirse a la voluntad de Dios al enviar la prueba, o al menos, la tentación de resentirse y así negarse a permitir que Dios lleve a cabo la obra

formativa del carácter que Él desea realizar. Solo cuando los creyentes se someten con amor a la poderosa mano de Dios encuentran *la corona de vida*.

1:13. En este punto de su prólogo, Santiago introduce aquí un sutil cambio en el uso del término griego *peirasmós*. Esta palabra pasa de su significado más amplio de “prueba” (vv. 2-12) a su significado más estricto de “tentación” o “incitación al mal”. En toda “prueba” (en el sentido amplio), puede haber también una “tentación” al mal (sentido estricto).

La persona que afirma que **es tentada de parte de Dios**, ha olvidado que **Dios no puede ser tentado por el mal, ni...tenta a nadie**. En realidad, la fuente de las tentaciones es la atracción interna ejercida por su *propia concupiscencia*, es decir, sus malos deseos. Si las personas no fueran malvadas, no tendrían tales deseos y estarían libres de impulsos erróneos.

Algunos se han hecho esta pregunta: si *Dios no puede ser tentado*, ¿cómo fue tentado Jesús? Aunque Jesús era humano, también era perfecto y santo, sin naturaleza pecaminosa. Sin embargo, fue en su carne, no en su divinidad, que fue tentado por Satanás.

1:14. En este pasaje, Santiago se refiere claramente a la “tentación” en un sentido subjetivo. Todos los esfuerzos de Satanás para llevar a las personas al mal, al igual que todas las seducciones del mundo, no tendrían ningún efecto en alguien a menos que, por **su propia concupiscencia**, sea **atraído y seducido**. La tentación solo existe cuando una persona percibe el mal como algo deseable.

Santiago afirma que Dios no tienta a nadie. Esto significa que Dios no es *personalmente* el agente de la tentación; sin embargo, las palabras de Santiago dejan margen para entender que Él *permite que otros* lo hagan. Job es el ejemplo clásico. Dios no tentó a Job, pero *permitió* que Satanás lo hiciera.

Por lo tanto, los lectores de la epístola de Santiago no deben caer en el pecado de culpar a Dios por ser responsable de sus propias tentaciones. La responsabilidad recae en ellos mismos debido a la maldad de sus propios corazones.

1:15. Santiago ahora describe las posibles consecuencias mortales a las que pueden conducir los malos deseos del hombre. El lenguaje que emplea es el de un parto. La **concupiscencia** (deseo,

como si fuera una mujer) experimenta una “concepción” y, posteriormente, **da a luz** (*tikteī*) **el pecado**.

El deseo, dice Santiago, es la madre del pecado. Tal concepción se produce cuando el deseo, o la lujuria, se une a la voluntad humana, de modo que el nacimiento del pecado se convierte en una decisión del corazón. Una vez que el pecado nace a partir de la lujuria, crece (o se repite) hasta alcanzar la madurez (es **consumado**). Luego, el pecado da a luz a su propio hijo: la **muerte** (el pecado... **da a luz** [*apokyeō*] la *muerte*).

La *muerte*, entonces, es el nieto de la lujuria pecaminosa o el *deseo*. La *muerte* es el callejón sin salida al que pueden llevar los propios deseos. Este punto es reafirmado por Santiago en 5:20. La verdad de que la muerte física es el fin último de la conducta pecaminosa se afirma repetidamente en el Libro de Proverbios (por ejemplo, 10:27; 11:19; 12:28; 13:14; 19:16). Dado que Santiago escribe a sus hermanos cristianos (véase la discusión de Santiago 1:2), es evidente que incluso un cristiano nacido de nuevo puede coquetear con una muerte física prematura al entregarse a sus deseos pecaminosos. Esto reviste gran gravedad. Sin embargo, el arrepentimiento inmediato del pecado, es decir, volverse del error de su camino (5:20), puede detener el pecado antes de que sea *consumado* y así salvar al pecador *de la muerte*.

1:16. Por lo tanto, los hermanos cristianos a quienes se dirige Santiago no deben engañarse (**no erréis**). La tentación hacia el mal puede llevar a la muerte física, y la muerte es completamente lo contrario al tipo de dádiva que Dios siempre concede. De hecho, la muerte es la terrible consecuencia ganada por el pecado (Romanos 6:23), pero Dios es fundamentalmente un Dador.

1:17. En efecto, a diferencia de cualquier dador terrenal, Él es un Dador perfecto. **Toda buena dádiva y todo don perfecto** proviene de Él y, por lo tanto, **de lo alto**. Uno podría esperar que Santiago se limite a afirmar que solo Dios da *buenos y perfectos dones*, pero en realidad dice algo más que eso: dondequiera que exista una dádiva sin defecto, esa dádiva necesariamente proviene *de lo alto*. Todas las dádivas humanas, en contraste, tienen algún defecto porque el dador humano es defectuoso. Solo Dios puede dar dádivas *perfectas*. Eso se debe a que Él es **el Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación**. Dios es inmutable en su manera de dar.

1:18. Los cristianos deberían conocer esta verdad (v. 17) mejor que nadie, y los lectores de Santiago *son* cristianos. Por eso, Santiago puede afirmar sobre ellos y sobre sí mismo: **de su voluntad, nos hizo nacer**, es decir, nos “dio a luz”.

Esta afirmación se vincula claramente con el contexto. La palabra que Santiago usa para *nos hizo nacer* (*apokyeō*) es la misma que utiliza en el v. 15 para referirse a “dar a luz”. Santiago está diciendo que el pecado “da a luz” a la muerte, ¡pero Dios “da a luz” a los *creyentes*! Además, esto no depende de la “voluntad” del hombre, la cual podría estar corrompida y ser deficiente. Por el contrario, el nuevo nacimiento tiene su origen en la voluntad de *Dios* (*Él, de su voluntad*) y se realiza mediante **la palabra de la verdad**.

El papel de Dios en la conversión puede describirse como revelador. Como un acto de *su voluntad*, Él ordena que la luz del evangelio brille en el corazón de una persona para que esta pueda percibirla con fe, como Jesús le dijo a Pedro tras su gran confesión (Mateo 16:17). Esto, por supuesto, no disminuye en absoluto la responsabilidad del hombre de buscar a Dios y la iluminación que solo Él puede dar (Hechos 17:26-27; Hebreos 11:6).

Por tanto, la enseñanza conocida como “salvación por Señorío” es equivocada. Al insistir en que la fe que salva es un acto de la voluntad, echa por tierra el concepto bíblico de la fe como una recepción de la verdad de Dios. La fe salvadora bíblica es una convicción o persuasión sobre lo que Dios dice en el evangelio (Romanos 4:21). No hay lugar para la voluntad del hombre, ni siquiera cuando está influida por el Espíritu de Dios. Dios ordena que la luz de su Palabra brille en el corazón de uno y, como un ciego que de repente puede ver, la percibe como verdad (2 Corintios 4:6). Una vez que se recibe como verdad, es decir, se cree, no hay margen para que la voluntad del hombre actúe. La fe y la regeneración ya han tenido lugar.

El resultado de este asombroso acto de la voluntad y la Palabra de Dios es que nosotros, los que hemos nacido de nuevo, pasamos a ser **primicias de sus criaturas**. La traducción de la Reina-Valera **para que seamos** es ligeramente ambigua, al igual que el griego original (*eis to einai*). La frase en griego puede indicar tanto *propósito* como *resultado*. Si la idea es de *propósito*, Santiago podría estar diciendo: “Dios nos ha regenerado para que posteriormente podamos ser (convertirnos en) ...”. Si la idea es de

resultado, las palabras sugieren: “Dios nos ha regenerado para que seamos (ya) primicias...”. La segunda interpretación parece más natural, ya que le da cohesión a la declaración de Santiago al clarificar lo que es el creyente como resultado de la actividad regeneradora de Dios.

El punto de Santiago es que el don de la nueva vida de Dios es tan *bueno y perfecto* que cuando una persona posee esa vida, se convierte en un anticipo de lo que Dios hará con todas *sus criaturas* (todas las cosas creadas). Así como los primeros frutos de un campo (*primicias*) sugieren la calidad de la cosecha en su totalidad, el milagro de la regeneración es tan maravilloso que lo que Dios planea para toda la creación también puede llamarse una *regeneración* (Mateo 19:28). Aunque Santiago reconoce que la analogía no es exacta (los creyentes son *primicias*), aun así logra transmitir su punto de con claridad. No hay defecto en el don de la nueva vida; de lo contrario, no podría servir como un verdadero modelo de lo que Dios quiere hacer con toda la creación.

III. Tema: Comportarte bien en las pruebas (1:19-20)

1:19. Santiago ahora presenta su respuesta a la pregunta de cómo comportarse en medio de circunstancias estresantes. La expresión **por esto** establece la conexión con lo anterior. En cierto modo, las afirmaciones en los versículos 19-20 son temáticas para toda la epístola. Aunque los consejos que contienen son ciertamente útiles en cualquier momento y situación, estas exhortaciones son especialmente adecuadas para aquellos que se enfrentan a pruebas y dificultades. Las exhortaciones de Santiago son tres.

Primero, que todo hombre **sea pronto para oír**. La disposición a escuchar de manera adecuada es un ingrediente esencial para resistir con éxito las pruebas. Aunque esta característica es necesaria en todo momento, cuando un creyente experimenta estrés, necesita urgentemente estar atento a la sabiduría que Dios proporciona mediante su Palabra o por medio del consejo de otros que se basan en ella.

Sin embargo, es común que en momentos de estrés las personas tiendan más a *hablar* que a *escuchar*. Por eso, la segunda advertencia es **ser tardío para hablar**. El afán por expresar pensamientos y sentimientos en tiempos de prueba debe ser

contenido. Como suele decirse, ¿no se aprende nada mientras uno está hablando! Incluso puede observarse que el triunfo de Job en medio de la prueba se vio realzado por sus breves pero significativas declaraciones en Job 1 y 2 (1:21; 2:10). Solo cuando decidió entablar un diálogo prolongado con sus supuestos amigos se debilitó la fuerza de su victoria en la prueba. Es una buena práctica para quienes están bajo estrés moderar sus palabras, es decir, *ser tardos para hablar*.

La tercera advertencia es ser **tardo para airarse**. Todos sabemos que la ira (*orgē*, “enojo”) es una de las reacciones humanas más comunes ante la adversidad. El corazón humano es fácilmente arrastrado hacia la ira por eventos indeseables, lo que lleva a muchas personas a culpar a otros o incluso a Dios por sus problemas. Evidentemente, la capacidad de evitar la ira en tales situaciones es una cualidad sumamente admirable.

1:20. Sin embargo, tal dominio no es solamente admirable, sino también funcional. Santiago añade: **porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios**. El objetivo final de un cristiano que atraviesa pruebas es que la *justicia* de Dios se manifieste en su vida. La mejora moral que una persona puede lograr a través de las pruebas (cf. vv 2-4) es, en última instancia, un crecimiento en justicia y semejanza a Dios.

Los versículos 19-20 concluyen el prólogo y, a la vez, anticipan el contenido de la unidad principal de la epístola. El tema general de Santiago es la prueba: su enfoque es el comportamiento adecuado bajo la prueba. Ese comportamiento se basa en estar dispuesto a escuchar, ser reservado al hablar y controlar la expresión de la ira.

IV. Cuerpo: Cultiva el comportamiento necesario (1:21–5:6)

A. Sé pronto para oír (1:21–2:26)

1. Más que solo escuchar (1-21-27)

1:21. Ahora que Santiago ha resumido el tema de la epístola (vv. 19-20), comienza una exposición más amplia del mismo. La expresión **por lo cual (dio)** marca un nuevo punto de partida. Al autor no le basta con enunciar las exigencias del v. 19; también considera necesario examinar sus implicaciones. ¿Qué fácil sería para un lector decir: “Por supuesto que soy pronto para oír la Palabra

de Dios!”. Sin embargo, la exposición de Santiago pone a prueba esta afirmación.

El creyente que desea **recibir... la palabra implantada** debe prepararse tanto de manera negativa como positiva. En el aspecto negativo, **desechando toda inmundicia y abundancia de malicia**. En el positivo, debe **recibir** (o “acoger” [*dexasthe*]) la Palabra **con mansedumbre**.

La preparación necesaria para “oír” la Palabra implica despojarse del mal. La palabra griega traducida como *desechar* (*apotithēmi*) se usaba a menudo para referirse a quitarse la ropa. El mal en sí se describe como *toda inmundicia y abundancia de malicia*. Santiago llama “mal” a un crecimiento anormal en la vida del cristiano.

Al igual que una semilla *implantada* en ellos, la Palabra les había impartido nueva vida. Era, por lo tanto, una Palabra “innata”, natural y propia de ellos como personas nacidas de nuevo (véase el uso de la imagen de la *semilla* para el nuevo nacimiento en 1 Pedro 1:23-25). Así como una semilla de trigo contiene en sí misma todo el potencial para desarrollarse en trigo plenamente maduro, lo mismo ocurre con el evangelio. Aunque el mensaje de salvación es sencillo, la semilla de vida que se implanta cuando creemos en este mensaje contiene un enorme potencial, el cual solo la obediencia cristiana puede desarrollar plenamente.

Además, la *palabra implantada* puede producir un beneficio enorme, ya que Santiago les dice a sus lectores que **puede salvar sus almas**. Muchos lectores y expositores reaccionan automáticamente a la frase en español *salvar vuestras almas*, interpretándola como la salvación eterna del infierno. Sin embargo, es muy poco probable que alguno de los lectores de Santiago dedujera tal significado de este texto. La frase griega utilizada aquí (*sōsai tas psychas hymōn*) se empleaba comúnmente en el sentido de “salvar la vida”. Este uso se encuentra tanto en el Antiguo Testamento griego como en el Nuevo Testamento exactamente con ese mismo sentido (véase Génesis 19:17; 32:30; 1 Samuel 19:11; Jeremías 48:6; Marcos 3:4; Lucas 6:9). Este es también su sentido claro en Santiago 5:20, que se refiere a la preservación física de una vida *de la muerte*. No hay un solo lugar en toda la Biblia griega — esto es, el Nuevo Testamento y la Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento— donde esta frase signifique liberación del infierno. (Para un análisis sobre el uso de esta metáfora por el Señor,

véanse los pasajes en Mateo 16:24-28; Marcos 8:34-38; Lucas 9:23-27).

El significado respaldado por la evidencia —“salvar vuestras vidas”— es precisamente el que mejor encaja en este contexto. Los lectores ya han nacido de nuevo (v. 18) y no necesitan ser salvos del infierno. Además, Santiago acaba de hablar de las consecuencias mortales del pecado (vv. 14-15). A la luz de esto, el sentido del v. 21 es claro: aunque el pecado puede culminar en la muerte física, la Palabra de Dios, recibida apropiadamente, puede preservar la vida física (cf. Proverbios 10:27; 11:19; 12:28; 13:14; 19:16).

Tanto desde un punto de vista lingüístico y contextual, como desde la perspectiva de la sabiduría hebrea, no puede haber ninguna duda legítima sobre el significado de Santiago en este versículo. Interpretar estas palabras como una referencia a la salvación eterna implicaría cometer un evidente error de eiségesis (leer las propias ideas en el texto). Si un lector hace esto con el v. 21, no solo malinterpretará ese versículo, sino que tergiversará el sentido de toda la epístola, ¡incluidos los versículos 2:14-26!

1:22. Por muy importante que sea recibir la *palabra implantada* con corazones limpios y espíritu manso, hay otro paso esencial: deben convertirse en **hacedores de la palabra**. Los lectores de Santiago no deben conformarse con ser meros **oidores**; deben obedecerla. Santiago parte del hecho de que la palabra “oír”, tanto en hebreo como en griego, puede referirse no solo a la audición sensorial, sino también a “oír de manera receptiva”, es decir, “obedecer”. En su exposición sobre el mandato de ser *prontos para oír* (v. 19), Santiago quiere que su audiencia entienda que oír regularmente la Palabra de Dios en las congregaciones de la iglesia no es lo único que tiene en mente. Ser *prontos para oír*, en un sentido más profundo, también significa *ser prontos para obedecer*. Si los lectores alguna vez pensaron que solo con prestar atención a las Escrituras era suficiente, estaban equivocados. Con esa mentalidad, no harían sino **engañarse** a sí mismos. La analogía contemporánea sería la de un cristiano que se fascina con la exposición y el estudio de la Palabra de Dios, pero que ha incorporado muy poco de ella en su vida cotidiana.

1:23. Santiago señala, de hecho, que oír la Palabra sin ponerla en práctica es como mirarse en un espejo y olvidar lo que se ha visto.

Lo que se refleja en este espejo es descrito por Santiago como **su rostro natural** (*to prosōpon tēs geneseōs autou*). Una traducción más precisa de esta expresión podría ser “el rostro de su nacimiento”. En la palabra *nacimiento* (*geneseōs*), al igual que la palabra “innato” (v. 21), puede percibirse un eco adicional de la experiencia de regeneración de los lectores (v. 18). La “palabra implantada [innata]” (el espejo de Dios; 2 Corintios 3:18) revela a sus oyentes cristianos el verdadero “rostro” de su nuevo nacimiento en la familia de Dios. Les muestra quiénes son realmente *en Cristo* y, por tanto, cómo *deberían comportarse* de acuerdo con esa imagen de sí mismos.

1:24. Este enfoque de la moralidad cristiana es una característica fundamental de las epístolas del Nuevo Testamento. Primero, reconocemos lo que somos por la gracia de Dios; luego, se nos manda comportarnos *en consecuencia* (cf. Romanos 6:5-14; 1 Corintios 6:15, 19-20; Gálatas 2:20; Efesios 4:1; Colosenses 3:1-4; 2 Pedro 1:3-7). Así, el creyente que oye la Palabra pero luego **se va** e ignora lo que esta le ha mostrado, es como una persona que **olvida cómo era**. Ser solo oyente de la verdad de Dios equivale a olvidar su verdadera identidad como hijo de Dios, nacido de nuevo y justificado, y a comportarse como si no lo fuera.

1:25. En contraste con tal persona está el cristiano que **no es oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra**. *Hacedor de la obra* (*poiētēs ergou*) se refiere, en un sentido general, a un “hacedor de buenas obras”. Esta es la primera vez que Santiago menciona las buenas obras, tema que desarrollará más adelante hasta culminar en 2:14–26.

La perfecta ley, la de la libertad, es el “espejo” espiritual en el que un creyente se mira cuando oye “la palabra implantada”. Dado que los mandamientos de esta *ley* cristiana están en armonía con su naturaleza más íntima como persona nacida de nuevo, no constituyen de ningún modo una forma de esclavitud, sino más bien una “*ley de libertad*”. Lo que el cristiano aprende verdaderamente de la Palabra (como se ve en los versículos 23-24) es a llegar a *convertirse* (en conducta) lo que ya es por virtud de su naturaleza regenerada. Cuando una persona actúa como una expresión natural de su verdadera naturaleza, está disfrutando, evidentemente, de la *libertad* de ser simplemente ella misma.

El hombre cristiano que **mira...en... y persevera en** la Palabra de Dios es alguien que se somete a la autoridad divina (la ley), y sin embargo, al hacerlo, se descubre verdaderamente libre. Es fácil imaginar que Santiago había escuchado personalmente a Jesús decir: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:31-32). Esta obediencia verdaderamente libre a Dios es el secreto para “salvar nuestras vidas” (Santiago 1:21) y para disfrutar de todos los demás beneficios que Dios elige otorgar a los creyentes. El *hacedor de la obra* de este versículo, y no solo el oidor de la Palabra, es quien **será bienaventurado en lo que hace**.

1:26. La iglesia o las iglesias a las que escribe Santiago (véase *Introducción*) están lejos de ser perfectas (véase cap. 4). Probablemente, hay entre ellos muchos que se consideran muy meticulosos en sus prácticas **religiosas** y, por tanto, creen merecer la bendición que Santiago acaba de mencionar (v. 25). No obstante, es común que las personas reduzcan la obediencia a Dios a la práctica de meras rutinas religiosas. En la época de Santiago, estas podrían incluir la asistencia regular al culto cristiano, así como oraciones y ayunos. Los términos *religioso* y *religión* (v. 27) se usaban para describir justamente estas actividades. Sin embargo, a Santiago no le preocupa la práctica de ejercicios religiosos, por valiosos que pudieran ser en su debido contexto. Más bien, le interesa la conducta cotidiana en relación con otras personas.

Santiago invalida por completo la *religión* de todo cristiano que no refrena su **lengua**. Las oraciones, por muy piadosas que parezcan, ya sea en público o en privado, valen poco si quien las ofrece tiene los labios llenos de calumnias, engaños y maldiciones cuando habla con los demás (véase 3:9-10).

1:27. De igual manera, cualquier pretensión de ser *religioso* se desvanece si no se ayuda a los necesitados o si se participa en prácticas pecaminosas provenientes del mundo incrédulo que los rodea. La religión **pura y sin mácula** es mucho más que unas pocas rutinas litúrgicas básicas. **Dios el Padre** de los lectores de Santiago —el Padre de las luces que los ha regenerado (vv. 17-18)— espera más que esas rutinas. Lo que mejor expresa su naturaleza y carácter es la misericordia y la pureza moral personal. Esto significa que los lectores de Santiago necesitaban **visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo**.

Cualquier cristiano que no se relacione y ayude a quienes tienen mayores necesidades materiales que las suyas corre el grave peligro de dejarse contaminar por el egoísmo, la avaricia y la indiferencia del mundo. Ningún nivel de oración ni asistencia a la iglesia puede compensar la falta de compasión e implicación con los pobres. La caridad hacia los necesitados, cuando se delega de forma impersonal al gobierno o a otras instituciones, no es en absoluto lo mismo.

2. Más que mera moralidad (2:1-13)

2:1. Al desarrollar el tema de ser “prontos para oír” (véase 1:19), Santiago señala que *oír* es más que simplemente escuchar la Palabra. También implica ser *hacedores* (1:21-25), y no solo en el sentido de cumplir con rutinas ceremoniales, sino también mediante actos de misericordia hacia los necesitados (1:26-27). Estos actos ayudan a una persona a guardarse **sin mancha del mundo** (1:27). Este último punto sirve de puente a la siguiente sección (2:1-13).

Una de las manchas del mundo que debe evitarse diligentemente es la **acepción** (favoritismo). La deferencia hacia los ricos y el desdén por los pobres han sido siempre características del mundo; por eso, Santiago insiste en que tal discriminación contra los pobres es indigna de la **fe** que sus lectores tienen en **nuestro...Señor Jesucristo**. Esto es aún más cierto porque Cristo es **glorioso**.

2:2. Con la viveza de un predicador, Santiago describe las marcadas diferencias de trato que puede recibir un rico impresionantemente ataviado al visitar una **congregación** cristiana, en contraste con un pobre de aspecto descuidado. Al primero se le ofrecería un asiento cómodo, mientras que al segundo un asiento insignificante o ninguno en absoluto. Tal vez Santiago había sido testigo de tales casos de descarada *acepción* (v. 1).

Aunque la palabra griega traducida como *congregación* es la misma que se emplea para referirse a una sinagoga, “reunión” parece más natural aquí. En el círculo de iglesias a las que Santiago escribe (véase *Introducción*), no es probable que muchos se reunieran en la sinagoga local, ya que eso supondría la conversión de la mayoría de los miembros. Lo más probable es que las iglesias judeocristianas de Israel se reunieran en casas particulares donde se habilitaban espacios para las reuniones.

2:3. La frase “**siéntate aquí bajo mi estrado**” significa, literalmente, “siéntate aquí debajo de mi reposapiés”. Es posible que haya un tono de ironía exagerada en estas palabras, ya que Santiago sugiere que la posición asignada al visitante pobre es tan humillante, ¡que lo colocan *debajo* del reposapiés, el lugar donde el orador descansaba sus pies!

La escena que Santiago tiene en mente podría ser una en la que los cristianos estaban reclinados a una mesa en la Cena del Señor. De ser así, al visitante rico se le permite sentarse en una silla en la habitación para observar el acto. Al visitante pobre, por otro lado, se le dice simplemente que se quede de pie (¿de pie contra la pared?) o que se siente en el suelo, “debajo” del cojín u objeto donde el orador apoyaba sus pies. Para comprender mejor el papel de los visitantes en una reunión cristiana, véase 1 Corintios 14:23-25.

2:4. Quienes muestran un favoritismo tan escandaloso merecen una seria reprensión. “Si hacéis esto”, dice Santiago, **¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos?** Aunque este puede ser el sentido del texto, parece una conclusión demasiado evidente como para extraerla del flagrante ejemplo presentado en los vv. 2-3. Las palabras originales (*ou diekrithēte en heautois*) también pueden entenderse como “¿no os habéis discriminado entre vosotros?”. En ese caso, la *acepción* se condena porque establece una distinción poco cristiana entre el hombre rico y el pobre. Implica que quienes actúan de esta manera han juzgado al hombre rico superior y más digno que al pobre. Pero tales juicios son moralmente erróneos y convierten a quienes los emiten en **jueces con malos pensamientos**.

2:5. El tipo de comportamiento recién criticado representa un grave error de juicio. Santiago quiere llamar la atención de sus hermanos cristianos sobre este error de manera inequívoca: **Hermanos míos amados, oíd.** Es decir: “¡Prestad atención a esto!”. El principio fundamental que Santiago enuncia ahora consiste en decir a sus lectores que el favoritismo hacia los ricos choca directamente con la realidad. El pobre, aunque despreciado, puede ser verdaderamente rico a los ojos de Dios. **¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe?**

En varias ocasiones, la Escritura elogia la fe abundante o de carácter excepcional (Mateo 8:10; 15:28; Hechos 6:5; 11:24; Hebreos 11). Está claro que no todos los que tienen fe pueden ser descritos como *ricos en fe*. Sin embargo, incluso una fe pequeña

puede tener resultados significativos (Mateo 17:20; Lucas 17:6) porque está puesta en un Dios infinito. Esto no se refiere a la salvación eterna, ya que la simple fe en Cristo es suficiente para salvar (Hechos 16:31). La cuestión es más bien: ¿Hasta qué *punto* confía un cristiano en Dios en su vida diaria? ¿Hasta dónde puede elevarse la confianza cuando las apariencias exteriores son profundamente desalentadoras? Irónicamente, un cristiano rico puede tener menos oportunidades de confiar en Dios para sus necesidades que un pobre, quien debe confiar en Él día a día, y a veces comida a comida. Así, por la providencial disposición de Dios, un cristiano pobre puede llegar a ser muy rico en su fe personal en Él, mientras que el cristiano rico puede ser pobre en este aspecto de la experiencia espiritual. Los lectores de Santiago necesitaban recordar esto cada vez que un hermano pobre y desaliñado acudía a su asamblea. A pesar de las apariencias, ¡podría ser un millonario espiritual!

En efecto, si es así, es también uno de los **herederos del reino**. Con esta expresión, Santiago indica que el pobre que es *rico en fe* será cogobernante con Cristo en el reino de Dios. Del mismo modo que Cristo hereda el reino (Salmo 2:8-9) por su lealtad a Dios Padre (Hebreos 1:8-9, citando Salmo 45:6-7), también lo harán los coherederos de su reino. Así, *el reino* ha sido **prometido a los que le aman**. Aunque la salvación se otorga gratuitamente en el momento en que una persona simplemente ejerce la fe en Cristo para la vida eterna, el reino no se *hereda* de esa manera. Para heredar el reino, es necesario amar a Dios, y ese amor solo puede expresarse mediante la obediencia a Él (Juan 14:21-24); y esta obediencia, a su vez, es el producto de vivir en la fe (véase Gálatas 2:20). Quien no vive de esta manera no puede ser llamado *rico en fe*, aunque haya creído en Cristo para la salvación eterna.

2:6-7. Los creyentes pobres, por tanto, tendían a vivir tales vidas y a ser personas de importancia a la luz del reino venidero de Dios. Tratar con desdén a alguien pobre que asistía a una reunión era, por lo tanto, ignorar esta realidad. “Deberíais haberle honrado”, dice Santiago, **pero...** [en cambio] **habéis afrentado al pobre**. Como clase, los ricos eran más propensos a ser enemigos y opresores del cristianismo que colaboradores de la comunidad cristiana.

En el contexto judío de este libro, muchos judíos ricos e incrédulos eran una fuente de opresión para los cristianos que, bajo

cualquier pretexto, los **arrastraban a los tribunales**. Además, muchos no dudaban en **blasfemar ellos el buen nombre** “el Señor Jesucristo”, v. 1, **que fue invocado sobre vosotros**. Al formular las afirmaciones sobre los hombres ricos en forma de pregunta, Santiago simplemente les está haciendo enfrentarse a lo que ya saben. Para cualquier lector de Santiago, no tenía sentido desvivirse servilmente por dar la bienvenida a un rico en la asamblea cristiana, ¡mientras al mismo tiempo menospreciaba a un posible heredero del reino!

2:8. No evitar el favoritismo al tratar con ricos y pobres no solo implicaba ignorar la realidad respecto a estas dos clases de personas; en esencia, constituía una quiebra de la moral cristiana. Era una violación de la **ley real** que nos manda amar al prójimo como a nosotros mismos, es decir, tratar a los demás como quisiéramos ser tratados. Sin duda, nadie querría ser menospreciado de la forma en que lo describe Santiago (v. 3).

Al calificar el mandamiento de **amarás a tu prójimo como a ti mismo** como *ley real*, Santiago introduce una expresión memorable, rica en significado y con diversas facetas. El mandamiento de amar es *real* porque lo emite el Rey: el propio Señor Jesús, primero como el Revelador divino (Levítico 19:1, 18), y luego en su encarnación entre los hombres (Mateo 22:37-40). Pero también es *real* porque posee una gran dignidad, propia de un rey. Santiago hace referencia al tema de la herencia en el reino que mencionó anteriormente (Santiago 2:5). Los herederos, como futuros reyes del reino de Dios, debían comportarse de acuerdo con la *ley real* del amor al prójimo. Así, con gran habilidad, Santiago une en este pasaje los dos grandes mandamientos de la revelación del Antiguo Testamento bajo el tema de la realeza (estos dos mandamientos también forman parte de la “ley de libertad” del Nuevo Pacto; véase la discusión sobre 1:25 y 2:9). Los aspirantes a futuros reyes poseerán (reinarán en) el reino si “aman a Dios” (v. 5), pero esto exige también amor hacia los hombres (cf. 1 Juan 4:20-21).

2:9. Sin embargo, ¿realmente lo cumplen? No si **hacen acepción** (muestran favoritismo) hacia los ricos en detrimento de los pobres, ya que, en este caso, **cometen pecado**, y el mandamiento bíblico de amar los señala como **transgresores** de la *ley* de Dios. Sin duda, como judíos conversos al cristianismo, los lectores de Santiago todavía tenían en alta estima las normas morales de la ley del

Antiguo Testamento. Después de todo, los Diez Mandamientos — con la única excepción del relacionado con el día de reposo (Sabbath)— aparecen reiterados en el Nuevo Testamento. Por tanto, los mandamientos repetidos son vinculantes para aquellos que viven bajo el Nuevo Pacto y no bajo el Antiguo, que ha sido dejado de lado (véase Hebreos 8). Por lo tanto, el no amar a un hermano como a uno mismo (reflejado en la *acepción*) constituye una verdadera infracción de la voluntad de Dios para los creyentes.

2:10. Además, ese incumplimiento revela una insuficiencia a la luz de los santos estándares de Dios. Quien transgrede un solo **punto** de la ley, como el tipo de incumplimiento que Santiago está discutiendo, equivale a quebrantar la ley en su totalidad, pues **se hace culpable de todos**. No importa cuán bien se cumpla el resto, un pecado contra el amor convierte a una persona en transgresora de la ley, es decir, ¡en un criminal ante el tribunal de justicia!

2:11. Santiago refuerza esta verdad inquietante al señalar que los mandamientos contra el **adulterio** y el asesinato (**no matarás**) son parte de la misma ley. Dado que ambos pecados eran castigados con la muerte bajo el Antiguo Pacto, el argumento de Santiago tiene gran peso. Está claro que Santiago quiere decir que **si no cometes adulterio, pero matas**, ser inocente en un área no excusa a la persona en la otra. Como bien sabían los lectores de Santiago, los asesinos sufrían la máxima pena por infringir la ley, sin importar si habían cometido adulterio o no.

Naturalmente, Santiago se dirige a lectores cristianos judíos (véase *Introducción*) que aún mantenían una alta estima por el cumplimiento de la ley. Su cultura y tradición los inclinaban fuertemente hacia esta manera de pensar, incluso después de haber sido justificados por la fe en Cristo. Santiago escribe con gran lucidez a estos lectores. Aunque la cuestión aquí no es la justificación, sus lectores —al igual que sus compatriotas no salvos que se sentían moralmente superiores— daban gran importancia a evitar pecados como el adulterio y el asesinato. Sin embargo, necesitaban que se les recordara que no amar a un hermano pobre que acudía a su asamblea invalidaba cualquier motivo de orgullo que pudieran tener por obedecer la ley de Dios en otros aspectos. Uno obedecía *toda* la ley, o *no* la obedecía en absoluto —sin importar cuál fuera la infracción concreta.

Incluso los lectores conversos de Santiago necesitaban que se les recordara esta verdad acerca de la ley, no fuera que pasaran por alto su propia *acepción* carente de amor, y se vieran a sí mismos, de manera negligente, como si cumplieran la ley delante de Dios. “De ninguna manera penséis así”, dice Santiago, “¡porque vuestro comportamiento carente de amor os pone bajo la condena de la ley, no bajo su aprobación!”. Así, la manera de “oír” que Santiago desea de sus lectores (véase 1:19-25) no se limita a una separación moral de pecados como el adulterio y el asesinato. Ser “pronto para oír” es también ser pronto para amar, y eso excluye la *acepción* (favoritismo).

2:12. Sin embargo, no es la ley del Antiguo Testamento por la cual los cristianos serán juzgados, sino **por la ley de la libertad**, a la que ya se ha hecho referencia (véase la discusión en v. 1:25). La expresión calificativa *de la libertad* sugiere claramente una diferenciación respecto al término *ley* cuando no va acompañado de esa calificación. Santiago, sin duda, coincidía con la descripción que hizo Pedro de la ley del Antiguo Testamento como “un yugo” (Hechos 15:10), y participó en la solución definitiva del problema de la ley, la cual se acordó en el Concilio de Jerusalén (vv. 13-29). Santiago sabe que los cristianos “no están bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14). Es decir, sabe que los cristianos no están sujetos a la ley mosaica del Antiguo Pacto. Sin embargo, Santiago también sabe que la voluntad de Dios fue ampliamente revelada a las personas del Nuevo Pacto a través de los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento y, sobre todo, a través de “nuestro Señor Jesucristo de la Gloria”. Es precisamente esta revelación, dirigida para las personas nacidas de nuevo, la que apela a los instintos fundamentales de su naturaleza regenerada. Como tal, no constituye una carga en absoluto (1 Juan 5:3-5), sino que les permite expresar lo que realmente son como hijos de Dios. Por lo tanto, es una ley de libertad.

No obstante, al mismo tiempo, es el código de conducta por el cual será juzgada la vida cristiana. Por eso, los creyentes deberían **así hablar, y así hacer** siendo conscientes de ello. Las vidas de los cristianos serán evaluadas a la luz de los elevados y santos estándares de *la ley de la libertad*.

Cuando habla de juicio, Santiago solo puede referirse a lo que se denomina el Tribunal de Cristo (2 Corintios 5:9-11). En lo que

respecta a la vida eterna, el creyente “no vendrá a condenación” (Juan 5:24). No existe tal cosa como un juicio que determine si el destino del creyente será el cielo o el infierno. El creyente *ya ha* pasado de muerte a vida y no puede ser acusado de nada, pues *ya* está justificado (Juan 5:24; Romanos 8:32-33). Aquellos que afirman que este juicio en Santiago 2:12 concierne a la vida eterna para los creyentes, ¡solo pueden llegar a esa conclusión forzando el texto a decir algo que no dice!

2:13. Tal es la solemnidad del Tribunal de Cristo que nadie puede pensar en él sin sentir cuán sobrecogedor y exigente será. Pablo también percibió esta característica (2 Corintios 5:11). Cualquiera con un mínimo de sensatez entiende que un **juicio** de su vida cristiana “según las reglas” (es decir, con todo rigor) probablemente resultará en un fuerte reproche de su Salvador y en una pérdida considerable de recompensas potenciales. Lo que se necesita en ese día es **misericordia**: la disposición del Señor y Juez para evaluar las palabras y acciones de los creyentes con la mayor medida posible de compasión. Pero ¿cómo pueden los creyentes atesorar la misericordia que les será tan necesaria en ese día?

La respuesta de Santiago es simple y asombrosa: recomienda, precisamente, misericordia. Porque si **aquel que no hiciere misericordia** no la experimentará en ese día, lo contrario también debe ser cierto: quien haya mostrado abundante misericordia también la recibirá en abundancia. De hecho, la misericordia mostrada a otros puede realmente “asegurar la victoria” en esa experiencia futura del juicio, porque la misericordia **triunfa sobre el juicio**. La palabra *triunfa* (*katakauchaomai*) podría traducirse como “se exalta sobre”, como si la misericordia pudiera proclamar con júbilo su victoria sobre el juicio. Por tanto, si un cristiano regula constantemente sus palabras y acciones con misericordia, podrá salir victorioso en el día de la evaluación divina.

En este sentido, la fría indiferencia hacia el hombre pobre mencionada en Santiago 2:2-3 era un proceder peligroso. En lugar de ello, ese hombre pobre debería haber sido recibido con la calidez y sensibilidad que caracterizan a quien practica misericordia. Solo así su trato hacia él contaría a su favor y no en su contra en el Tribunal de Cristo.

3. Más que fe pasiva (2:14-26)

2:14. Santiago abre esta sección de exhortación planteando la cuestión fundamental. Supongamos que alguien afirma tener fe pero no puede señalar actos de obediencia del tipo que él ha estado considerando (1:26–2:13). ¿Qué sucede en ese caso? ¿Puede esperar que su fe en la Palabra de Dios “salve su vida” (1:21) si no es un hacedor de obras (v. 25)? En otras palabras, **¿podrá la fe salvarle?**

En realidad, la pregunta en griego implica su propia respuesta y una mejor traducción sería: “La fe no puede salvarle ¿verdad?”. La respuesta esperada es: “¡No, no puede!”. Sin embargo, por supuesto, la fe *puede* —y de hecho salva— cuando se habla de la salvación *eterna* (por ejemplo, Efesios 2:8-9). Pero, como deja claro Santiago, la fe *no puede* salvar bajo las condiciones que él tiene en mente (véase la discusión en Santiago 1:21).

Así, en Santiago 2, el autor deja claro que las obras son una condición para la salvación. No reconocer este hecho es la principal causa de los supuestos problemas que la mayoría de los evangélicos encuentra en este pasaje. Los lectores deberían reconocer que *Santiago no puede estar hablando de la salvación por gracia*. En lugar de aceptar estos puntos, muchos intérpretes los esquivan.

Esto suele hacerse al intentar traducir la pregunta: “¿Podrá la fe salvarle?” (2:14) como “¿Podrá *esa* (o, *tal* / *esa clase de*) fe salvarle?”. Sin embargo, introducir palabras como “esa”, “tal” o “esa clase de” para calificar la “fe” es, en realidad, una evasiva respecto al texto. El griego no respalda este tipo de traducción.

A pesar de esto, a menudo se argumenta que traducciones como “tal fe” o “esa fe” están justificadas por la presencia del artículo definido griego que acompaña la palabra “fe”. Pero, en este mismo pasaje, el artículo definido también aparece con “fe” en los versículos 17, 18, 20, 22 y 26 (¡en el versículo 22, la referencia es a la fe de Abraham!). En ninguno de estos versículos se proponen las palabras “esa”, “tal” o “esa clase de” como una traducción natural. Como es bien sabido, en griego el artículo definido se usa frecuentemente con sustantivos abstractos (por ejemplo: fe, amor, esperanza, etc.), lo cual que no ocurre en el inglés. En estos casos, el artículo griego no se traduce. El intento de dar un tratamiento especial a 2:14 se desacredita por sí solo, y debería considerarse un

esfuerzo *claramente desesperado* por respaldar una interpretación insostenible.

Estas afirmaciones de Santiago no pueden ignorarse. No podría expresarse con mayor claridad: Santiago afirma que la fe por sí sola no “salva”. Pero ¿”salva” en qué sentido? O mejor dicho, ¿”salva” de qué? ¿Del infierno eterno, o de algo más? La única respuesta adecuada, a la luz de toda la epístola, es concluir que Santiago retoma la cuestión de 1:21 (expresada nuevamente en 5:19-20), acerca del hecho de que la obediencia a la Palabra de Dios puede “salvar” la vida del desenlace mortal del pecado (véase 1:15 y su discusión). La fe por sí sola no puede lograr esto. Las obras de obediencia son completamente indispensables.

2:15-17. Si se considera el concepto de “salvar la vida mediante la obediencia”, las palabras de 2:15-17 pueden entenderse desde una nueva perspectiva. ¿Puede el hecho de que alguien tenga creencias correctas y sea ortodoxo “salvarlo” de las consecuencias mortales del pecado? ¡Claro que no! Sería absurdo pensarlo. Es como desear lo mejor a un hermano necesitado cuando lo que *realmente* le hace falta es comida y ropa (2:15-16). Es completamente infructuoso. Este tipo de conducta insensible de un cristiano hacia otro es, precisamente, lo que Santiago ha estado advirtiendo (véase 1:27; 2:2-6). Esto ilustra perfectamente su punto.

Tales palabras vacías son tan “muertas” (ineficaces) como una fe sin obras. Por lo tanto, Santiago afirma: **Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.** Es necesario considerar cuidadosamente por qué Santiago eligió el término *muerta* para describir una fe que no actúa. En el momento en que este término se relaciona con el concepto claramente expresado de “salvar la vida” (1:21), todo cobra sentido. El problema que le preocupa a Santiago es una cuestión de *vida* o *muerte*. ¿Puede una fe que es muerta salvar al cristiano de la *muerte*? La respuesta es evidente. El adjetivo *muerta* se ajusta perfectamente al argumento de Santiago. Así como las palabras vacías de *un creyente* avaro no pueden salvar a su hermano de la muerte cuando le faltan los medios para vivir, una fe que no actúa tampoco puede salvar la vida de *un creyente* de las *consecuencias mortales* del pecado. Para ese propósito, la fe es estéril e ineficaz *en sí misma*, ya que no puede lograr el resultado necesario.

Los comentaristas a menudo abordan la palabra *muerte* o sus variantes de forma simplista. Como metáfora, frecuentemente se interpreta solo en relación con la terminología de vida/muerte empleada para describir la salvación del infierno. Sin embargo, cualquier lingüista sabe que los conceptos de “muerte” y “estar muerto” han dado lugar a una amplia variedad de metáforas en casi todos los idiomas. El español ofrece numerosos ejemplos, como “estar muerto de hambre”, “morirse del susto” o “este lugar está muerto”. Lo mismo ocurre en griego, incluso en el Nuevo Testamento. Por ejemplo, en Romanos, Pablo dice que el cuerpo de Abraham estaba “ya como muerto” mientras aún vivía, y atribuye “muerte” al vientre estéril de Sara (Romanos 4:19, RVR-2015). También afirma que “sin la ley el pecado está muerto” (Romanos 7:8), aunque el pecado puede estar muy activo sin la ley (Romanos 5:13), y añade más adelante: “el pecado revivió y yo morí” (Romanos 7:9). De manera similar, el cuerpo del cristiano, en el que mora el Espíritu, puede describirse como “muerto” (Romanos 8:10), aunque el cristiano esté regenerado. Estos ejemplos ilustran claramente la complejidad del uso que Pablo hace de estas palabras. Un estudio de concordancia revela más ejemplos en otros pasajes del Nuevo Testamento (por ejemplo, Lucas 15:24, 32; Hebreos 6:1; 9:14; Apocalipsis 3:1). Por tanto, es un error suponer que la metáfora de Santiago sobre la “fe muerta” solo puede tener un significado exclusivamente soteriológico. Afirmar esto implica asumir precisamente lo que se pretende demostrar.

Así, cuando en Santiago 2 la fe se describe como “muerta”, puede entenderse dentro de su contexto que, para el propósito en cuestión, la fe es *estéril, ineficaz o improductiva*.

2:18-19. Santiago no espera que sus palabras queden sin respuesta. Incluso entre cristianos, el impulso de justificar o encubrir nuestras fallas es intenso. Por ello, anticipa la excusa de sus lectores introduciendo las palabras de un objetor imaginario. Los objetores ficticios eran un recurso literario común entre los autores moralistas de la época de Santiago, y aquí él emplea esta conocida estrategia literaria. La totalidad de los vv. 18-19 corresponden a este interlocutor hipotético.

La extensión exacta y el significado de las palabras del objetor han sido durante mucho tiempo un problema para los comentaristas. En muchas traducciones al inglés de la biblia y en algunas en

español (por ejemplo, la RVA-2015 y la NVI) se coloca entre comillas la frase “**Tú tienes fe, y yo tengo obras**”, lo que indica que solo estas palabras se atribuyen al objetor. Esto ha generado confusión entre muchos comentaristas respecto al motivo de la objeción. Las palabras que siguen en v. 18, junto con las del v. 19 suelen considerarse la respuesta de Santiago, aunque no queda claro cómo responden a las palabras del objetor. Sin embargo, *toda* la puntuación en nuestras Biblias traducidas es obra de los editores, ya que el manuscrito original de Santiago probablemente contenía poca o ninguna puntuación. El texto solo se entiende correctamente cuando se atribuyen la totalidad de los vv. 18-19 —comenzando con *Tú tienes fe...*— al objetor y *no* a Santiago.

En los vv. 18-19, el formato literario que usa Santiago era típico de la diatriba griega, una forma de discurso erudito y argumentativo. Este formato, presente en los versículos 18-20, podría denominarse “formato de objeción y respuesta”. Expresiones como: “Pero alguno dirá” (v. 18) se usan para introducir la objeción, y una vez planteada, una réplica tajante se inicia con expresiones como “¿Mas quieres saber, hombre vano...?” (v. 20). Este mismo recurso utilizado por Santiago también aparece en Romanos 9:19-20 y 1 Corintios 15:35-36. Muchos autores opinan que la respuesta de Santiago comienza en el versículo 18b, pero esta interpretación pasa por alto señales estructurales claras en el texto. Estos comentaristas no han logrado presentar ningún texto comparable en la literatura relevante. El autor de este comentario considera indudable que las palabras del objetor se extienden hasta el final del versículo 19.

Pero ¿qué significa la objeción? Dado que la mayoría de los manuscritos griegos usan la palabra *ek* (por, por medio de) en lugar de la familiar *chōris* (sin) en el versículo 18, aquí se prefiere la variante “por”. La declaración del objetor puede entonces presentarse de la siguiente manera, manteniendo el orden de las palabras griegas con mayor fidelidad que la versión Reina-Valera 1960:

Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame tu fe por [*ek*] tus obras, y yo te mostraré, por [*ek*] mis obras, mi fe. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (vv. 18-19, traducción del autor, adaptada al español).

El razonamiento que expresan estas palabras parece ser una *reductio ad absurdum* (es decir, llevar las afirmaciones de alguien al absurdo). El argumento está cargado de ironía. “Es absurdo”, afirma el objetor, “considerar que existe una conexión estrecha entre la fe y las obras. Supongamos que *tú* tienes fe y yo tengo obras. Empecemos desde ahí. *Tú* no puedes partir de lo que crees y mostrármelo en tus obras, así como yo no puedo partir de mis obras y demostrarte lo que creo”. El objetor está seguro de que ambas tareas son imposibles. La imposibilidad de que alguien pueda mostrar su fe por sus obras ahora se demuestra (según piensa el objetor) con la siguiente ilustración: “Tanto los hombres como los demonios creen la misma verdad (que Dios es uno), pero su fe no produce la misma respuesta. Aunque esta creencia fundamental puede mover a *un ser humano* a ‘hacer bien’, nunca mueve a los *demonios* a ‘hacer bien’. Lo único que *ellos* pueden hacer es temblar. Por lo tanto, la fe y las obras no tienen ninguna conexión intrínseca. El mismo credo puede producir tipos de conducta completamente diferentes. ¡La fe no se puede hacer visible en las obras!”. Con esta afirmación, que considera irrefutable, el objetor concluye su argumentación.

Sin duda, Santiago y sus lectores ya habían oído este argumento antes. Era precisamente el tipo de postura defensiva que la gente podría adoptar cuando su ortodoxia no estaba respaldada por buenas obras. Podrían decir algo como: “La fe y las obras no están realmente relacionadas entre sí de la manera en que tú dices, Santiago. Así que no critiques la vitalidad de mi fe solo porque no hago tal o cual cosa”.

2:20. La respuesta de Santiago a las palabras del objetor puede resumirse de esta manera: “¡Qué argumento tan sin sentido! ¡Qué necio eres al plantearlo! Sigo diciendo que sin obras tu fe es muerta. ¿Te gustaría saber por qué?”. Los versículos 21-23 constituyen la refutación directa de Santiago a esta objeción. Esto se evidencia en el texto griego por el uso del singular en la expresión “¿No ves...?” (*blepeis*) en el versículo 22, lo cual indica que se está dirigiendo específicamente al objetor. Es a partir del versículo 24, con “Vosotros veis” (*horate*), cuando Santiago retoma el plural y se dirige nuevamente a sus lectores en general.

2:21. Al refutar la objeción que ha planteado, Santiago selecciona el nombre más prestigioso en la historia judía: el patriarca Abraham.

También escoge su acto más honroso de obediencia a Dios: la ofrenda de su propio hijo Isaac. Dado que en los círculos cristianos era bien sabido que Abraham fue justificado *por la fe*, Santiago introduce un punto muy original: ¡También fue justificado por las obras! Si se comprende bien el tema central de Santiago, no se caerá en la trampa de contraponer a Santiago con el apóstol Pablo. En ningún momento Santiago desea negar que Abraham, o cualquier otro, pueda ser justificado solo por la fe. Simplemente enfatiza que también existe *otra* justificación: **por las obras**.

Por supuesto, no existe una única justificación por la fe *más* las obras. Nada de lo que Santiago afirma aquí sugiere tal idea. En realidad, existen *dos tipos* de justificación (véase v. 24). Algo que puede sorprender a muchos es que el apóstol Pablo está de acuerdo con esto. Tiempo después de Santiago, Pablo afirma en Romanos 4:2: “Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios”. La estructura de esta declaración en griego no niega la verdad del punto en cuestión. La frase “pero no para con Dios”, sugiere claramente que Pablo concibe un sentido en el cual las personas *son* justificadas por las obras, aunque insiste en que ese no es el medio por el cual uno se justifica *para con Dios*. Es decir, no establece su estatus legal ante Él.

Por lo tanto, al responder a la clase de persona que intentaba separar la fe de las obras en la experiencia cristiana, Santiago adopta un enfoque hábil. Su pensamiento podría parafrasearse de esta manera: “¡Espera un momento, hombre insensato! Hablas mucho de la justificación por la fe, pero ¿acaso no ves cómo Abraham *también* fue justificado por las obras cuando ofreció a su hijo Isaac a Dios? (v. 21). ¿No te das cuenta de que la fe cooperó con sus obras y que la fe se perfeccionó por las obras? (v. 22). De este modo se puso de manifiesto todo el significado de la Escritura acerca de su justificación por la fe, pues ahora podía ser llamado ‘amigo de Dios’” (v. 23).

Es importante observar que, al referirse a la ofrenda de Abraham de su hijo Isaac, Santiago retoma la cuestión de las pruebas, que constituye el tema fundamental de su epístola (véase 1:2-18). En la tradición judía, esta historia sobre Abraham representaba la prueba suprema del patriarca, en la cual triunfó gloriosamente. Del mismo modo, cuando Santiago menciona a Rahab en el versículo 25, se refiere asimismo a una mujer que también triunfó en una dura

prueba. Estas dos historias, situadas al final de una unidad mayor (1:21–2:26), forman una *inclusio* implícita (una referencia retrospectiva) que hace volver la mente del lector al punto donde comenzó la unidad sobre el *verdadero oír*. La exhortación de 1:21 surge a partir de la discusión previa sobre las pruebas cristianas.

2:22-23. El contenido de estos versículos es, sin duda, muy rico. Es lamentable que se hayan malinterpretado de forma tan generalizada. La fe que justifica —¡Santiago nunca niega que *sí* justifica!— puede desempeñar un papel activo y vital en la vida del creyente obediente. Al igual que con Abraham, puede ser la fuerza dinámica que impulsa grandes actos de obediencia. En este proceso, la fe misma puede **perfeccionarse** (*eteleiōthē*). La palabra griega sugiere desarrollo y maduración. Así, la fe se nutre y se fortalece con las obras.

Difícilmente se podría encontrar en la Biblia una mejor ilustración de la idea de Santiago. La fe por la cual Abraham fue justificado estaba dirigida hacia la promesa de Dios sobre su descendencia (Génesis 15:6), una promesa que ratificaba la promesa inicial de Génesis 12:1-3, con un significado soteriológico (véase Gálatas 3:6-9). Sin embargo, la fe de Abraham también implicaba, de manera implícita, fe en el Dios de la resurrección (cf. Génesis 15:6 con Romanos 4:19-21 y Hebreos 11:17-19).

Abraham tenía la certeza de que el Dios en quien creía podía vencer la muerte en su propio cuerpo y el vientre estéril de Sara. No obstante, fue solo a través de la prueba con Isaac que esta fe implícita en el poder de resurrección de Dios se transformó en una convicción concreta: Dios podía, literalmente, resucitar físicamente a alguien para cumplir su juramento.

La fe de Abraham se fortaleció y maduró a través de las obras. Pasó de una convicción de que Dios podía superar una “muerte” en su propio cuerpo (la incapacidad de engendrar hijos) a la seguridad de que Dios realmente podía resucitar el cuerpo de su hijo de una muerte física literal. En el proceso de cumplir el mandato divino de sacrificar a su amado hijo, su fe creció y alcanzó niveles más altos de confianza en Dios.

Así se cumplió también la Escritura que hablaba de su justificación inicial. Las obras de Abraham dieron pleno sentido a este antiguo texto, por así decirlo, al mostrar hasta qué punto su fe, mencionada en Génesis 15:6, podía desarrollarse y consolidar una

vida de obediencia. Aunque al principio era sencilla y directa, la fe justificadora de Abraham tenía implicaciones que solo sus obras, edificadas sobre ella, podían revelar.

De este modo, ahora Abraham podía ser llamado **amigo de Dios**, no solo por Dios mismo, sino también por los hombres (cf. 2 Crónicas 20:7; Isaías 41:8). De hecho, este es el nombre con el que Abraham ha sido conocido a lo largo de los siglos en muchas tierras y por al menos tres religiones (judaísmo, cristianismo e islam). Si Abraham no hubiera obedecido a Dios en la mayor prueba de su vida, aún habría sido justificado por la fe que ejerció en Génesis 15:6. Sin embargo, al permitir que esa fe estuviera *viva* en sus *obras*, alcanzó un reconocimiento envidiable entre millones de personas. De este modo, también fue justificado por las obras (para con los hombres; cf. Romanos 4:2).

Cuando una persona es justificada por la fe, encuentra aceptación incondicional ante Dios. Pablo lo expresa así: “a quien Dios atribuye justicia sin obras” (Romanos 4:6). No obstante, solo Dios puede ver esta transacción espiritual. En cambio, cuando uno es justificado por las obras, logra una intimidad con Dios que se hace *evidente para los demás*. Entonces puede ser llamado “amigo de Dios”, como dijo Jesús: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:14; véase también la discusión en Santiago 4:4).

2:24. Dejando atrás al objetor imaginario, Santiago vuelve a dirigirse directamente a sus lectores en los vv. 24-26 (véase el comentario sobre el v. 20). Su declaración aquí confirma lo mencionado anteriormente en el v. 21: existen *dos tipos* de justificación, no una justificación basada en la fe más las obras. Las palabras de Santiago deben leerse así: “**Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente** [justificado] **por la fe**”. La clave para entender el texto es el adverbio griego “solamente” (*monon*), que no califica —es decir, no modifica— la palabra *fe*; de ser así, la forma habría sido *monōs*. Como adverbio, sin embargo, modifica el verbo *justificado* en griego, implícito en la segunda cláusula. Santiago está diciendo que la justificación por la fe no es el *único* tipo de justificación que existe; también hay una justificación por las obras. El primer tipo es *para con Dios*, mientras que el segundo tipo es *para con los hombres*.

2:25. Esto es precisamente lo que ahora se ilustra con el caso adicional de Rahab. Santiago *no* dice: “¿No fue Rahab, la ramera,

justificada por la fe y las obras?”. Santiago no conoce tal tipo de justificación. Más bien, al igual que Abraham antes que ella, Rahab fue justificada por las obras ante otras personas, es decir, ante la nación de Israel en medio de la cual llegó a vivir.

El ejemplo de Rahab ilustra a la perfección cómo se articulan las ideas de Santiago. El pasaje comenzó con una referencia a la cuestión de “salvar la vida” (v. 14; 1:21). No es sorprendente que Santiago seleccione a Rahab como un ejemplo llamativo de alguien cuya vida física fue “salvada” precisamente porque tuvo obras. El autor de Hebreos (11:31) señala su fe, haciendo énfasis en que *recibió* a los espías. Santiago, en cambio, subraya que ella... **los envió por otro camino**. ¿Por qué hace esto Santiago? La respuesta tiene una importancia considerable para su argumento.

Aunque la *fe* de Rahab comenzó a actuar en el momento en que *recibió a los mensajeros*, no pudo ser *justificada por sus obras* hasta que *los envió por otro camino*. Esto se hace evidente al considerar detenidamente la historia narrada en Josué 2. Hasta el último momento, Rahab aún podría haber traicionado a los espías. Si así lo hubiera deseado, podría haber enviado a sus perseguidores tras ellos. Las dudas persistentes que los espías tenían acerca de su lealtad se reflejan en sus palabras de Josué 2:20: “Y si tú denunciases este nuestro asunto, nosotros quedaremos libres de este tu juramento con que nos has juramentado”. No obstante, la fuga exitosa de los espías demostró que Rahab era verdaderamente *amiga de Dios*, porque también fue amiga de *ellos*. De esta manera, *Rahab fue justificada por sus obras*.

En el proceso, ¡salvó su propia vida y la de su familia! Su fe, por lo tanto, estaba muy *viva* porque era una fe activa y operante. Aunque era una prostituta —y ambos escritores inspirados nos recuerdan este hecho—, su fe *viva* triunfó sobre las consecuencias naturales de su pecado. Mientras que el resto de los habitantes de Jericó perecieron bajo el juicio divino ejecutado por Israel, ¡ella *vivió* porque su fe *vivió*!

2:26. Santiago, por lo tanto, desea que sus lectores comprendan que las obras son, de hecho, el **espíritu** vivificante que mantiene viva la fe, de la misma manera que el espíritu humano mantiene vivo el cuerpo. Cada vez que un cristiano deja de actuar según su fe, esa fe se atrofia y se convierte en poco más que un cadáver doctrinal. La “ortodoxia muerta” es un peligro al que los cristianos siempre se han

enfrentado, y hacemos bien en tenerlo presente. El remedio es sencillo: la fe permanece vital y viva siempre que se traduzca en obras verdaderas de obediencia viva.

B. Sé tardo para hablar (3:1-18)

1. La lengua es un instrumento peligroso para manifestar sabiduría (3:1-12)

3:1. En la Iglesia primitiva, las reuniones de creyentes eran menos formales que los cultos de la mañana, tan familiares para muchos hoy en día. En Corinto (cf. 1 Corintios 11–14), y posiblemente en todas las iglesias, las reuniones seguían una estructura muy poco formal (excepto la Cena del Señor) y estaban abiertas a cualquier hombre que quisiera contribuir verbalmente. Sin embargo, las mujeres permanecían en silencio (1 Corintios 14:34–35). En este contexto, cualquier hermano podía levantarse para instruir a los creyentes, estuviera o no especialmente capacitado o dotado para hacerlo. Santiago comienza su discusión sobre la lengua abordando esta característica. Él afirma lo siguiente: **no os hagáis maestros muchos de vosotros**. ¿La razón? Muy simple: el hombre que usa su lengua para enseñar será juzgado con un criterio más estricto —**un juicio más severo** (RVR1977)— en el Tribunal de Cristo que aquel que no haya enseñado con la lengua.

3:2. Después de todo, Santiago afirma que **todos ofendemos muchas veces** (las expresiones *ofendemos* en el v. 2 y *recibiremos* en el v. 1 incluyen al mismo Santiago). La palabra griega para **perfecto** es *teleios*, que no significa específicamente “sin pecado”, sino que aquí se refiere más bien a “sin defecto”, es decir, “un hombre sin defectos”. Pero, como deja claro el resto del capítulo, tal hombre no existe, ya que “ningún hombre puede domar la lengua” (v. 8).

3:3-4. Santiago ahora enfatiza las capacidades de este pequeño órgano del cuerpo humano. Es cierto que refrenar la lengua significa que uno también puede controlar “todo el cuerpo” (v. 2). De la misma manera, ponemos frenos **en la boca de los caballos**, lo que nos permite controlar **todo su cuerpo**. Asimismo, *naves* de gran tamaño se controlan, incluso en medio de **impetuosos vientos**, mediante un accesorio relativamente pequeño: **un muy pequeño timón**. Así, una gran nave, como un caballo, está sujeta al control

humano y es **gobernada... por donde el que la gobierna quiere** gracias a un instrumento muy pequeño. Hasta este punto, Santiago ha enfatizado únicamente el potencial de la lengua como un pequeño “freno” o “timón” capaz de controlar todo el “cuerpo” del hombre (v. 2). Es decir, los seres humanos pueden controlar sus propias acciones, siempre y cuando primero puedan controlar el “timón”, la lengua.

3:5. En vista del potencial de la lengua como “controladora” del comportamiento, este **miembro pequeño** del cuerpo puede presumir de grandes logros (se **jacta de grandes cosas**). La palabra griega traducida en esta última frase es *megalauchei* (según la gran mayoría de los manuscritos) y conlleva connotaciones negativas de una jactancia orgullosa. Sin duda, la elección de esta palabra aquí por parte de Santiago es deliberada. Para él, este versículo constituye, en realidad, una transición que pasa de considerar el “potencial” de la lengua (vv. 3-4) a considerar sus “peligros potenciales” (vv. 5b-6). Es como si, al “hablar” de sus grandes hazañas, la lengua no pudiera evitar “jactarse” de ellas. Todos pueden reconocer este rasgo en sí mismos, porque ¿quién puede hablar de sus logros sin orgullo o vanagloria?

La transición a una evaluación negativa de la lengua comienza, por tanto, con la expresión *se jacta de grandes cosas* y avanza rápidamente para comparar la lengua con un **pequeño fuego** (*nosotros* podríamos decir: una “chispa” o un “fósforo”) que provoca un incendio en **quán grande bosque**. ¡Cuántas veces un comentario fortuito ha desencadenado una tormenta de problemas en la experiencia humana!

3:6. Por lo tanto, ciertamente puede decirse que **la lengua es un fuego**, o quizá mejor, “la lengua es *fuego*”. Hablar sin cuidado es tan peligroso como jugar con fuego. ¿Por qué? Porque la lengua es también **un mundo de maldad**. La frase griega (*ho kosmos tēs adikias*), que también puede traducirse como “un mundo inicuo”, sugiere que un auténtico universo de maldad reside en los estrechos límites de este peligroso miembro del cuerpo humano. ¡No hay ningún tipo de maldad que no pueda encenderse en la vida humana por esta pequeña chispa incendiaria!

Este es el papel que desempeña la lengua en el cuerpo humano. Las palabras **la lengua está puesta** probablemente hacen referencia a la primera parte de este versículo: **un fuego, un mundo de**

maldad. Las expresiones restantes parecen claramente calificativas de la *lengua*. Una mejor forma de traducirlo sería: “Así es como, entre nuestros miembros, la lengua está puesta, la cual contamina todo el cuerpo...”. La palabra griega traducida como *está puesta* es *kathistatai*, un término de uso flexible en griego. Aquí probablemente tiene el sentido de “desempeñar su función”. Santiago está diciendo que la lengua cumple el papel de un fuego peligroso y de un “mundo de maldad” (véase la primera parte de este versículo).

No es de extrañar, entonces, que la lengua, por el papel que desempeña, sea un miembro físico que **contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación**. Las palabras que alguien pronuncia pueden hacerlo sentir completamente inmundo; además, pueden inducir a actos físicos que contaminan todo el ser, como el adulterio y la fornicación. Asimismo, las palabras no solo pueden llevar a una contaminación total, sino que también pueden agravar todo el curso de la vida debido a las consecuencias que producen.

3:7-8. Después de la sombría descripción en el versículo 6 sobre la capacidad de la lengua para causar daño, uno podría pensar que un instrumento tan peligroso puede mantenerse completamente bajo control. Pero, lamentablemente, no es así. Aunque los seres humanos han logrado domar prácticamente **toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar**, nadie puede decir que ha tenido un éxito similar con la lengua, porque **ningún hombre puede domar la lengua**.

Precisamente porque no puede ser domada completamente mientras vivimos en nuestros cuerpos terrenales, la lengua sigue siendo **un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal**. Los cristianos deben recordar siempre que en su boca hay algo comparable a una víbora venenosa, y este instrumento serpentino puede afectar a otros de forma tan profunda que incluso podría causarles la muerte —por ejemplo, al ridiculizar a alguien con tendencias suicidas. Dado que el cristiano no puede bajar la guardia suponiendo que esta “víbora” está completamente bajo control, debe estar especialmente alerta ante sus estallidos más destructivos.

3:9-10. El cristiano también debe estar atento a las alarmantes incoherencias de su propia lengua. Los mismos labios que **bendicen al Dios y Padre**, en un himno o una oración de alabanza, pueden

igualmente **maldecir** [y denigrar] **a los hombres** (incluidos nuestros hermanos cristianos), a pesar de que **están hechos a la semejanza de Dios**, quien los hizo a su imagen (Génesis 1:26-27). La Biblia no enseña que la imagen de Dios haya sido *borrada* en el hombre caído, aunque sí ha sido *desfigurada* por el pecado. Así, **una misma boca** puede convertirse en fuente de **bendición y maldición** —a veces con una transición tan rápida que bastan apenas unos segundos para pasar de una forma de hablar a la otra. En una afirmación deliberadamente comedida, Santiago exhorta a sus **hermanos cristianos: esto no debe ser así**.

3:11-12. Además, este comportamiento de la lengua es inapropiado —“esto no debe ser así” (v. 10)— porque contradice la coherencia y la previsibilidad que observamos en la naturaleza. Por ejemplo, una **fuelle no echa por una misma abertura agua dulce y amarga** de manera cambiante. La lengua, además de incoherente (v. 11), actúa contra lo que cabe esperar en la naturaleza. No se esperan **aceitunas** en una **higuera** ni se **buscan** higos en una **vid**. ¿Cabe esperar que labios creados para bendecir a nuestro Dios y Padre produzcan palabras denigrantes hacia los seres humanos “hechos a la semejanza de Dios” (v. 9)? Sin embargo, con demasiada frecuencia esta anomalía también se da entre los cristianos.

Santiago concluye aquí sus advertencias sobre la lengua indomable con una nueva referencia a una **fuelle**. No obstante, esta última declaración difiere ligeramente de la del v. 11. Quienes vivían en las regiones áridas del Medio Oriente conocían bien el valor de una buena fuente de agua. La mención de Santiago al agua dulce y amarga alude principalmente al *sabor* del agua. Uno podía disfrutar —o no— del sabor del agua de la fuente; con todo, en caso de necesidad, siempre se podía beber. El **agua salada**, en cambio, era cualitativamente distinta: tanto los seres humanos como los animales podían vivir con **agua dulce**, pero no con agua salada. A diferencia de cualquier fuente natural, la lengua produce tanto palabras agradables como desagradables —“dulces” y “amargas”. Pero también genera palabras capaces de destruir (como el *agua salada*) y palabras que sostienen la vida (como el *agua dulce*). Si sus lectores usaban demasiado su lengua, podían esperar tanto resultados negativos como positivos, con consecuencias de gran alcance. El autor de Proverbios (18:21) lo expresó con claridad: “La

muerte y la vida están en poder de la lengua, y el que la ama [la lengua] comerá de sus frutos [muerte y vida]”.

2. La conducta santa es el instrumento idóneo para mostrar sabiduría (3:13-18)

3:13. La sugerencia de Santiago es clara y específica: ¿Había entre ellos alguien **sabio y entendido**? La manera de demostrarlo era **por la buena conducta**. Naturalmente, tal *conducta* estaría caracterizada por **obras**, como ya ha indicado Santiago (1:21–2:26). Una forma más clara de traducirlo sería: “que muestre [exponga] sus obras mediante una buena conducta, con la mansedumbre de [derivada de] la sabiduría”. En lugar de proclamar con osadía (y arrogancia) la sabiduría que creían poseer, los lectores de Santiago son desafiados a demostrarla a través de un estilo de vida caracterizado por ese espíritu manso (*prautēti*, **mansedumbre**), que siempre distingue a la verdadera sabiduría. Como enseñó Jesús, los creyentes que aprenden de Él llegan a ser *mansos* (*praos*); (Mateo 11:29).

3:14. Sin embargo, en algunas de las iglesias a las que Santiago se dirigía, la *mansedumbre* era prácticamente inexistente (véase 4:1-2). Por eso, Santiago les advierte que, **si** albergaban **celos amargos y rivalidad** (RVR1977) **en** [su] **corazón**, cualquier intento de mostrar la sabiduría de Dios equivalía a mentir **contra la verdad**. La palabra traducida como *rivalidad* (*eritheia*), aunque poco habitual antes de los tiempos del Nuevo Testamento, probablemente denota un tipo de egocentrismo expresado como una ambición por superar a los demás. Los cristianos que envidian a otros y desean tener un estatus más alto en la iglesia suelen buscar algún papel prominente que satisfaga esa ambición carnal.

Actuar como describe Santiago equivale a *jactarse y mentir contra la verdad*. El verbo griego traducido como *jactarse* (*katakauchasthe*) es el mismo que se usa en 2:13, donde se habla del triunfo de la misericordia sobre el juicio. Aquí el sentido es probablemente similar: quien se atreve a usar la verdad de Dios como instrumento para satisfacer sus propios *celos y rivalidades* — mientras profesa enseñarla —, es culpable de “triunfar sobre” la verdad. Es decir, de pisotearla con arrogancia, como si estuviera subordinada a sus ambiciones personales.

3:15. Si esa era la manera en que el aspirante a maestro intentaba mostrar su *sabiduría* (véase v. 13), estaba equivocado. En realidad, estaba mostrando un tipo de sabiduría, pero no la que él pensaba. **Esta sabiduría**, dice Santiago, no proviene del cielo, sino que es **terrenal, animal y diabólica**.

3:16. Básicamente, dondequiera que hubiera **celos** y **rivalidad** entre los creyentes, siempre se producían dos consecuencias inevitables. Una era la **perturbación** (*akatastasia*, “desorden,” “indisciplina”) y la otra consistía en toda **obra** (*pragma*, “acción,” “evento”) **perversa**. ¡Cuántas veces se ha cumplido esta declaración inspirada en iglesias donde algunos, movidos por un espíritu de envidia o ambición orgullosa, buscan protagonismo! En tales circunstancias, es habitual que la iglesia local se vea sumida en el caos, con facciones, actitudes y palabras que no tienen cabida en la comunión cristiana. Así, la obra de Satanás se vuelve inconfundible.

3:17. En marcado contraste con todo lo anterior está la verdadera sabiduría celestial: **la sabiduría que es de lo alto**. Su rasgo principal, como sabiduría concedida por Dios, es que es *pura*. Está libre de la contaminación moral de la *envidia* y la *rivalidad* (v. 16, RVR1977) y se distingue por una verdadera devoción a Dios. Como resultado, también es *pacífica* (*eirēnikē*) y, por lo tanto, se preocupa por la armonía con los hermanos y entre ellos. Pero su naturaleza amante de la paz también hace que esta sabiduría sea **amable** (*epieikēs*) y **benigna** (“complaciente”, *eupeithēs*). Esta bondad y disposición a ceder implica que tal sabiduría no se aferra obstinadamente a su propio proceder, sino que, con gracia, está dispuesta a hacer un esfuerzo adicional en favor de otros creyentes. Las últimas tres cualidades —pacífica, amable, complaciente— comienzan con la letra griega épsilon (ε) y forman una deliberada aliteración por parte de Santiago. Además, describen rasgos que suelen manifestarse juntos en quienes poseen esta sabiduría.

Si la pureza, la paz, la amabilidad y la disposición a ceder ocupan un lugar destacado en la lista de Santiago, también es cierto que la sabiduría que viene del cielo será **llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial y no hipócrita** (RVA-2015). El lector atento percibirá ecos de temas anteriores en esta epístola. “Misericordia” remite a 1:27 y 2:13; “buenos frutos” a 1:22-25 y 2:14-26; “imparcial” evoca a 2:1-13 (aunque aquí se usa una palabra griega distinta a la de 2:1) y “no hipócrita” hace eco del contexto

inmediato, especialmente del v. 14. En resumen, junto con las primeras cuatro cualidades, estos rasgos constituyen la “buena conducta” (v. 13) que confirma la sabiduría de una persona de un modo que las palabras, por sí solas, no pueden lograr.

3:18. La persona que se comporta como se describe en el v. 17 forma parte de **aquellos que hacen la paz**. La traducción de la Reina-Valera *para aquellos que hacen la paz* [*tois poiousin eirēnēn*] interpreta *poiousin* como un dativo de ventaja [para] en lugar de agente [por]. Sin embargo, el dativo de agente ya se utiliza en el v. 7 de este capítulo (“por la naturaleza humana”), por lo que “*por* aquellos que hacen la paz” proporciona aquí el mejor sentido. Así, como pacificador, quien demuestra la sabiduría celestial del v. 17 es como un sembrador en un campo. Su comportamiento (su semilla) produce, como *fruto* final, *la justicia*, ya que esta crece y prospera entre los creyentes cuando viven juntos *en paz*. Dado el interés de Santiago por la paz congregacional (cf. 4:1-3), es probable que la expresión *en paz* esté más relacionada con **el fruto de justicia** que con *se siembra*, como traduce la Reina-Valera. Es decir, la cláusula debería leerse como: “el fruto de la justicia en paz, es sembrado por...”).

C. Sé tardo para airarte (4:1–5:6)

1. La ira es creada por la mundanidad (4:1-5)

4:1. ¿Cuál es, entonces, la causa de **las guerras y los pleitos** entre los lectores de Santiago? ¿**De dónde vienen?** La respuesta es clara y directa. Tales conflictos surgen, afirma Santiago, **de sus pasiones**. La declaración de Santiago prácticamente personifica la palabra *pasiones*, presentándolas como como soldados hostiles que **combaten** dentro de sus lectores, es decir, **en sus propios miembros** (físicos).

¿Por qué estaban los cristianos en guerra *entre ellos*? Porque experimentaban una *guerra dentro de sí mismos*, ¡en la que impulsos buenos y malos luchaban sí!

4:2. Su tumultuosa vida interior se analiza ahora en términos de su naturaleza completamente frustrante. **Codiciáis, y no tenéis**; lo que querían estaba fuera de su alcance. **Matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar**. Es poco probable que Santiago esté sugiriendo que sus lectores cometieran literalmente asesinato. Más

bien, como dice el apóstol Juan: “Todo el que aborrece a su hermano es homicida” (1 Juan 3:15).

En su hostilidad celosa hacia algún hermano cristiano, es probable que los lectores de Santiago fueran culpables de “desearle la muerte” y codiciar lo que esperaban poder *obtener* si realmente ese hermano muriera. Pero como este espíritu homicida no podía materializarse (por ser demasiado arriesgado, vergonzoso, pecaminoso, etc.), su frustración solo aumentaba. A pesar de su “asesinato mental” y su intensa codicia, seguían igual: no podían *obtener* lo que tanto anhelaban. Todo lo que quedaba era prolongar el conflicto —hermano contra hermano— con todos sus efectos desagradables. Por eso, dice Santiago, **combatís y lucháis**. Su profunda frustración estaba convirtiendo la iglesia en un verdadero campo de batalla.

Sin embargo, tan trágico como era su egoísmo frustrado, igual de grave era el hecho de que no se volvían a Dios para suplir sus necesidades: **no tenéis...porque no pedís**.

4:3. Por otro lado, cuando **pedían**, sus peticiones estaban mal concebidas. La expresión **pedís mal** equivale a “pedís incorrectamente”, siendo “incorrectamente” la traducción del término griego *kakōs*. Sus peticiones eran erróneas precisamente porque eran egoístas. Todo lo que le estuvieran pidiendo a Dios lo querían para **gastar** en sus **deleites**. La frase es reveladora. Al emplear el verbo *gastar* (*dapanēsēte*), Santiago da a entender que los beneficios que buscaban de Dios serían rápidamente consumidos: no tendrían un valor permanente ni duradero. Unido al verbo *gastar*, el sustantivo *deleites* sugiere gratificaciones pasajeras del tipo incorrecto (a diferencia del uso más neutro que aparece en el v. 1). ¡No es de extrañar que *no recibieran* respuestas a ese tipo de peticiones!

Cuando Santiago escribe *no pedís* (v. 2), tiene en mente peticiones que, al obtener respuesta, habrían suplido necesidades fundamentales de los lectores. Entre otras peticiones obvias, deberían haber estado pidiendo paz y armonía con sus hermanos y el fin de los conflictos en la iglesia. Sin embargo, cuando Santiago escribe *pedís*, y *no recibís*, tiene en mente una oración equivocada y carente de discernimiento. La oración *puede* resultar en necesidades satisfechas, pero *no puede* dar lugar a la complacencia de nuestros deseos egoístas.

4:4. Exasperado como seguramente estaba Santiago al considerar esta situación (vv. 1-3), no es sorprendente que irrumpa en una exclamación y acuse a sus lectores de ser **almas adúlteras**. Al igual que con el término “asesinato” (v. 2), probablemente Santiago no esté hablando en sentido literal. Lo que lo enardece es la infidelidad hacia Dios que sus lectores han demostrado al **ansiar la amistad del mundo**. Como se verá más adelante en el capítulo, a algunos de sus lectores les encantaba jactarse de sus negocios (4:13-16), evidenciando un espíritu descaradamente materialista y *mundano*.

De hecho, Santiago ya había advertido a sus lectores sobre la necesidad de “guardarse sin mancha del mundo” (1:27). Y esta advertencia fue seguida inmediatamente por una reprensión al comportamiento dentro de la iglesia, donde se adulaba a una persona rica mientras se menospreciaba a un hombre pobre (2:1-7). De toda la epístola se desprende el retrato de unos cristianos cuya mentalidad era en gran parte materialista, cultivando relaciones con los ricos mientras buscaban el éxito financiero personal. Pero todo esto era, en su esencia, *mundano*. ¿No comprendían sus lectores, pregunta Santiago, que la *amistad del mundo es enemistad contra Dios*? ¿No sabían que **cualquiera... que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios**?

A menudo, en el Nuevo Testamento, el término *mundo* (*kosmos*) se refiere a un sistema o una entidad hostiles a Dios, manipulados por Satanás (por ejemplo, 1 Corintios 1:20-21; 2:12; Gálatas 6:14; 2 Pedro 1:4; 1 Juan 2:15-17; 3:1; 5:19). El materialismo, la inmoralidad y la ceguera espiritual forman parte de esta entidad perversa, en claro conflicto con los intereses y propósitos de Dios en la tierra. Santiago insiste aquí (como también lo hace Juan en 1 Juan 2:15-17) en que no se puede estar bien con Dios y con el mundo a la vez. Hay que elegir de qué lado se está realmente, y cuando se opta por *la amistad del mundo*, automáticamente se opta por la *enemistad contra Dios*. Quien lo hace elige el estatus de antagonista hacia su Creador y Redentor. Es como cuando un hombre casado decide cometer inmoralidad con otra mujer: con esa decisión, elige rechazar la fidelidad a su esposa. De igual forma, al ansiar la aceptación y posición mundanas, los lectores cristianos de Santiago cometen adulterio espiritual y renuncian a su amistad con el Señor. Puede que a muchos de ellos les sorprendiera oírlo expresado de esta manera, pero el objetivo de Santiago es que tomen conciencia de la

lamentable condición en la que había caído su vida espiritual y devoción.

4:5. Santiago también quiere que comprendan que Dios no acepta tal infidelidad con indiferencia. Por eso les recuerda que la **Escritura** no declara **en vano** que el Espíritu de Dios es celoso de los creyentes. Este es, sin duda, el sentido de este pasaje, aunque ningún texto bíblico recoge exactamente las palabras que Santiago usa aquí. No obstante, la idea de que Dios es un Dios *celoso* es bien conocida en las Escrituras (por ejemplo, Éxodo 20:5; 34:14). De modo que las palabras de Santiago pueden entenderse como una paráfrasis de esa verdad bíblica en términos propios del Nuevo Testamento. Por otro lado, la ausencia de una palabra como *hoti* (“que”) en el texto griego después de la palabra *dice* sugiere que Santiago efectivamente está citando las Escrituras. En ese caso, la fuente concreta de la cita nos es desconocida, y podría tratarse de un himno cristiano o una profecía. Aun así, seguiría siendo cierto que las palabras parafrasean lo que enseña la Escritura y, por tanto, se designan correctamente como algo que *dice la Escritura*.

Aquí, la verdad del Antiguo Testamento de que Dios es un Dios celoso se combina con la verdad del Nuevo Testamento de que **El Espíritu ... mora en nosotros**. Y puesto que el Espíritu Santo es Dios, lo que se afirma de Dios puede decirse también del *Espíritu*. Si Dios es celoso, su Espíritu lo es igualmente. Santiago está afirmando que el Espíritu de Dios que mora en sus lectores “**anhela celosamente**” su afecto. Por eso, el Espíritu se entristece cuando ellos buscan la *amistad del mundo*. Los lectores, piensa Santiago, deberían tomarse esto con la mayor seriedad, ya que la Escritura no declara semejante verdad **en vano** (a la ligera). De hecho, la expresión *en vano*, unida a la afirmación tan rotunda sobre el Espíritu de Dios, deja entrever la posibilidad de alguna forma de retribución si se desoye ese anhelo que el Espíritu tiene por ellos.

2. La ira se cura con la humildad (4:6–5:6)

4:6. Aunque Santiago ha insinuado una posible retribución por la deplorable conducta de sus lectores (véase v. 5), elige no centrarse en este aspecto. En su lugar, afirma que el Dios cuyos celos ellos habían despertado al desear la *amistad del mundo*, está, sin embargo, profundamente inclinado a mostrar misericordia. La expresión **Él da**

mayor gracia declara esto con énfasis. Dios nunca se queda sin gracia; Él nunca agota su provisión; siempre tiene *más gracia* que dar. Esta afirmación es, sin duda, una conclusión apropiada para este autor, quien había convivido bajo el mismo techo que el Señor (Juan 1:14).

A la luz de esta inagotable provisión de la gracia divina, Santiago insta a sus lectores a posicionarse para recibirla. Para ello, cita Proverbios 3:34 tal como aparece en Septuaginta (el Antiguo Testamento griego). Si sus lectores permanecen arrogantes y **soberbios**, Dios los *resistirá*. Una vez más, se insinúa el problema, pero el punto principal es que Dios **da gracia a los humildes**. El favor divino —la *gracia*— estará disponible para ellos si recuperan la actitud necesaria de humildad. Las rivalidades y conflictos que estaban paralizando sus iglesias (4:1-3) eran claras expresiones de orgullo. Esta actitud debía ser abandonada con decisión.

4:7. Lo que sigue es un llamado inequívoco al arrepentimiento. Sus lectores deberían comenzar por someterse **a Dios**, es decir, por tener la determinación de hacer lo que es correcto y agradable a Él. Satanás pondría a prueba tal resolución, por lo que también deberían **resistir al diablo** (como lo hizo Jesús durante su tentación) y esperar la victoria sobre ese enemigo: **huirá de vosotros**. Por muy grande que sea el poder de seducción de Satanás, él no es invencible. Un cristiano firmemente comprometido con Dios y con la autoridad de su Palabra puede confiar en la ayuda del Espíritu que mora en él y esperar que Satanás termine sus ataques y *huya* cuando encuentre este tipo de resistencia.

4:8. Sin embargo, no basta simplemente con reafirmar el compromiso con la obediencia y con resistir la tentación. El arrepentimiento también debe incluir una dimensión personal en la cual se restaure la comunión quebrantada de un cristiano con Dios. Por eso, Santiago exhorta a sus lectores a **acercarse a Dios**, con la certeza de que esa acción será correspondida: **y Él se acercará a vosotros**. Por supuesto, como deja claro el apóstol Juan (1 Juan 1:9), la confesión del pecado es el primer paso para acercarse de nuevo a Dios, pero también son pasos apropiados la oración renovada y la meditación en las Escrituras. Dios responderá a esos pasos no solo con perdón, sino también con otras muestras de su cercanía. Él siempre está más dispuesto a acortar la distancia entre Él y los creyentes que ellos mismos. Por tanto, la restauración de esa

cercanía entre Dios y los lectores de esta epístola es precisamente lo que Santiago pretende aquí. Dios saldría a su encuentro y haría aún más de su parte.

Por muy cordial que sea la invitación a *acercarse a Dios*, no puede llevarse a cabo sin una renuncia sincera y dolorosa al pecado. Incluso cuando los cristianos dedicados entran en la presencia del Señor, su miserable condición les resulta sumamente dolorosa (véase Isaías 6:1-5; Apocalipsis 1:17). Los lectores de Santiago difícilmente podrían esperar *acercarse* genuinamente a Dios sin sentimientos similares. Por ello, se les exhorta ahora a **limpiar** [sus] **manos** del pecado y a **purificar** [sus] **corazones** de su mentalidad **de doble ánimo**. Deben apartar cualquier cosa malvada que sus manos estuvieran haciendo. Asimismo, deben renunciar a las lealtades divididas que los desviaban hacia las preocupaciones mundanas.

4:9. Si este proceso se realizara con discernimiento y profundo compromiso, sería natural que se **afligieran, lamentaran y lloraran**. Cualquier alegría que experimenten debería tornarse en **lloro**, y cualquier deleite debería ser reemplazado por **tristeza**. Esto no significa, por supuesto, que la **risa** y el **gozo** sean indebidos. Por el contrario, ambos son beneficiosos para la experiencia humana (véase, por ejemplo, Salmos 126:2; Proverbios 17:22). Sin embargo, cuando una persona confronta sus propios pecados ante la presencia de Dios, la *risa* y el *gozo* resultan inapropiados. Tal ligereza revela una clara falta de seriedad en el arrepentimiento. Por el contrario, cuando el corazón de una persona es conmovido por la profundidad de su maldad ante los ojos de Dios, las reacciones que Santiago describe aquí no solo resultan naturales, sino inevitablemente espontáneas.

Los pecados de los que los lectores necesitaban arrepentirse (4:1-3) justificaban plenamente las demandas que Santiago plantea en este versículo. Como en todo arrepentimiento cristiano, el objetivo era una renuncia definitiva a sus faltas graves. Un arrepentimiento superficial y frívolo de los pecados hace que sea mucho más probable la repetición de esas mismas ofensas.

4:10. El objetivo, por lo tanto, era una genuina humillación **delante del Señor**. Si hacían esto correctamente, Dios los **exaltaría** (del griego *hypsōsei*) en el futuro. Si los lectores se doblegaran mediante el arrepentimiento, Dios los “exaltaría” más adelante. Ya

fuera en esta vida o no, Él ciertamente recompensaría su “humillación” con una “exaltación” en el tiempo y de la manera que Él disponga.

4:11. En particular, no deberían **murmurar** (hablar mal) **los unos de los otros**. En congregaciones con los problemas en los que Santiago se ha centrado (4:1-3), era imposible poner fin a los conflictos mientras persistiera el hábito de hablar de forma crítica y condenatoria sobre los demás. El verbo traducido como *murmurar* (*katalaleite*) es lo suficientemente amplio como para incluir cualquier tipo de discurso negativo que perjudique los mejores intereses de otro hermano cristiano, independientemente de si lo dicho es verdadero o falso.

Por supuesto, esta manera de hablar también implicaba un juicio negativo sobre el carácter o la conducta de ese hermano cristiano. Por esto, Santiago acusa a quien **murmura del hermano y juzga a su hermano** de ser, al mismo tiempo, alguien que **murmura de la ley y juzga a la ley**. Santiago probablemente hace referencia una vez más a la *ley real* de las Escrituras (véase 2:8), la cual, en Levítico 19:16-18, está precedida por una advertencia: “no andarás chismeando entre tu pueblo” (v. 16). Aquellos que cuentan a otros los defectos y errores de otro cristiano violan claramente el mandamiento de “amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Al desobedecer este mandamiento mediante sus críticas a los demás, efectivamente están criticando y condenando la misma *ley real*. Ya que este tipo de comportamiento está prohibido por esta ley, quien la desobedece está, de hecho, diciendo: “Esta ley no merece mi obediencia y la considero inválida para mí en este caso”. Aunque este concepto podría sorprender a los lectores de Santiago, es aplicable a todas y cada una de las infracciones de la ley. El infractor de la ley emitía su propio juicio negativo sobre cualquier mandamiento que desobedeciera.

Tal comportamiento estaba muy lejos de reflejar humildad (véase v. 10). Cualquiera que adoptara una postura que emitiera, por su propia naturaleza, juicio sobre la ley de Dios, se estaba colocando por *encima* de esa ley. En ese caso, como dice Santiago, **no eres un hacedor de la ley, sino juez**. En otras palabras, esa persona abandona su rol de humilde sumisión *a la ley* y se ha exaltado a sí misma al papel de *juez*. La arrogancia de esta actitud, aunque no sea deliberada, es evidente.

4:12. Sin embargo, ningún simple ser humano podría desempeñar ese papel, ya que **uno solo es el dador de la ley**. Solo Dios tiene el poder de **salvar y perder**, es decir, de preservar o quitar la vida. Los verbos empleados aquí (*sōsai* y *apolesai*) eran de uso común en el griego secular para referirse a la vida o muerte física. No hay razón para interpretar este pasaje como una referencia a la doctrina de la salvación eterna. Dios ciertamente es el Único que determina el destino eterno de cada uno. Pero esa decisión ya ha sido tomada: los creyentes ya han sido liberados del juicio final y de la condenación (Juan 3:18; 5:24). Por lo tanto, en este contexto, una referencia a esta verdad no encaja tan bien como una referencia a la vida o muerte física (como también en Santiago 1:21; 2:14; 5:15, 20). Así, la idea sería que, aunque un cristiano condene verbalmente a otro creyente, solo Dios decide si “salvarlo” de la pena de muerte causada por el pecado (1:15; 5:20) o destruir su vida como acto de disciplina (cf. Hechos 5:1-11; 1 Corintios 11:30).

El razonamiento de Santiago es claro y directo: **¿quién eres para que juzgues a otro?** Si el arrepentimiento de los lectores (Santiago 4:7-10) ha de ser genuino, deben tener la humildad necesaria para reconocer que no son dignos de juzgar a otro cristiano. Cualquier otra actitud sería fruto de una arrogante autoexaltación.

4:13-14. Con una brusquedad que sorprende, Santiago denuncia a quienes presumen de sus planes comerciales sin tener en cuenta la naturaleza efímera de sus vidas. Estos jactanciosos están muy seguros de sí mismos en sus planes a largo plazo. Piensan ir a cierta ciudad (“**tal ciudad**”) y su viaje les llevará dos días (“**hoy y mañana**”). Sus planes contemplan **un año** de actividad comercial allí, del cual esperan obtener ganancias (“**ganaremos**”). Sin embargo, como señala Santiago, estos fanfarrones **no saben lo que será mañana** (cf. Proverbios 27:1). Han elaborado un plan de un año sin saber siquiera qué les deparará el día de *mañana*. Cualquier evento inesperado podría frustrar sus intenciones. De hecho, podrían no estar vivos mañana, ya que sus vidas no son más que **neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece**.

4:15. En lugar de mostrarse tan confiados y orgullosos en cuanto a sus planes, deberían reconocer el control soberano de Dios sobre sus actividades comerciales e incluso sobre la duración de sus vidas. Si fueran realmente humildes, lo que **deberían decir** es que tanto sus vidas (“**viviremos**”) como sus acciones (“**haremos esto o**

aquello”) están sujetas a la voluntad de Dios. Las palabras “**si el Señor quiere**” serían las más apropiadas en su boca, no como una fórmula vacía, sino como una genuina expresión de su dependencia de Dios.

4:16. Sin embargo, en lugar de mostrar humildad, los lectores se **jactan en sus soberbias**. En la traducción Reina-Valera, esta expresión no refleja plenamente el significado del texto original. La frase griega *kauchasthe en tais alazoneiais hymōn* se traduce mejor como “os regocijáis en vuestras jactancias”. También se podría traducir como: “os gloriáis en vuestras orgullosas pretensiones”. El punto de Santiago es que las palabras llenas de autosuficiencia que acaba de condenar (vv. 13-14) reflejan algo más que una mera falta de conciencia de la soberanía de Dios. Esos planes pretenciosos son en sí mismos un motivo de orgullo para quienes los anuncian. Es decir, a los lectores les gusta exhibir estas “pretensiones” (*alazoneiais*) para ganar la admiración de los demás. Desde esta perspectiva, **toda jactancia semejante es mala**.

Con frecuencia, en la iglesia, a las personas les encanta exponer sus planes —ya sean de negocios o de otro tipo— con el fin de obtener respeto, admiración y deferencia de los demás. Incluso un misionero o un predicador puede caer en la trampa de presentar sus planes para servir a Dios con el fin de obtener reconocimiento de sus hermanos en la fe. Las palabras de Santiago aquí son un recordatorio constante de que *toda jactancia semejante es mala*.

4:17. Así que, si los lectores de Santiago conocen la manera correcta de actuar y hablar, deberían ponerla en práctica, pues no hacerlo constituye, en sí mismo, pecado. Si saben que deben reconocer su dependencia de la voluntad de Dios al hablar de sus planes, deberían comenzar de inmediato a actuar conforme a este conocimiento. Pues **al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado**. Por lo tanto, el pecado puede manifestarse no solo en un acto incorrecto, sino también en la omisión de un acto correcto. En consecuencia, los creyentes no deberían omitir en sus conversaciones el reconocimiento de que sus vidas y todas sus actividades son tan frágiles como una brizna de humo. Deben reconocer que solo Dios puede permitirles hacer todo cuanto esperan o planean hacer.

5:1. A la luz del materialismo y el favoritismo que Santiago acaba de abordar, ofrece ahora una advertencia clara y enfática sobre el

carácter pasajero de toda riqueza humana. Para ilustrarlo, adopta prácticamente el tono de un profeta y habla en términos que recuerdan las profecías del Antiguo Testamento (véase Joel 1:5, 13; Isaías 13:6; 14:31; 15:3; Jeremías 4:8, donde el término de Santiago para **aullar** [*ololyzontes*] aparece en la LXX, la traducción griega de estos pasajes). Es evidente que estas declaraciones ya no se dirigen únicamente a la comunidad cristiana, aunque la epístola estaba destinada a ser leída por esa comunidad. No obstante, sus palabras buscan despertar a sus lectores mediante una advertencia clara y contundente sobre el destino escatológico de toda riqueza humana.

Al dirigir su mirada al mundo, Santiago anuncia, con tono profético, **miserias** para los ricos, que los llevarán al llanto y al lamento.

5:2-3. El pesar propio de los ricos ahora se vincula al destino final de toda riqueza humana. Como ocurre a menudo en los pronunciamientos proféticos, un juicio aún futuro se presenta como un *fait accompli* —esto es, como algo ya cumplido—. Así, Santiago ve las **riquezas** humanas como si ya estuvieran **podridas**, las **ropas** costosas como **comidas de polilla** y el **oro y plata** terrenales como ya **enmohecidos**. Luego, sorprendentemente, agrega: **su moho... devorará del todo vuestras carnes como fuego**. Aunque Santiago probablemente se refiere al juicio escatológico sobre la riqueza humana al final de la Tribulación (cf. Zacarías 14:12-15), quiere que los hermanos ricos reconozcan que, lleguen o no a ver los últimos días, toda su riqueza se consumirá. Por lo tanto, no deberían ser materialistas ni codiciosos, sino abstenerse de mostrar favoritismo. La acumulación de riqueza inútil *testificará contra* los ricos del mundo, pues han sido tan necios como para **acumular tesoros para los días postreros**.

5:4. Así, la justicia alcanzará a los ricos sin escrúpulos de este mundo. A lo largo de la historia —y no solo en los días de Santiago— los hombres adinerados a menudo han sido culpables de retener **el jornal de los obreros que han cosechado** sus **tierras**. Esto no quiere decir que no les pagasen, sino que, de manera fraudulenta, les pagaban menos de lo que les correspondía. Aquí, Santiago personifica ese *jornal* como acusador de los ricos, con **clamores** a Dios por venganza. Además, estos clamores son oídos (y serán vengados) por el **Señor de los ejércitos**. Una vez más, la referencia a la Segunda Venida parece evidente, ya que Jesús

regresará para ejercer juicio, cabalgando al frente de los *ejércitos* celestiales (Apocalipsis 19:14).

5:5-6. En la antigüedad, aparentemente era costumbre que los hombres ricos celebraran un banquete durante la esquila de sus ovejas, sacrificando algunas para ofrecer carne en su mesa festiva (véase 1 Samuel 25:4-8; cf. Salmos 44:22; Jeremías 12:3). Santiago compara el comportamiento de los hombres ricos con esta práctica: **Habéis vivido en deleites... habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza.** La metáfora es gráfica. Los ricos son representados disfrutando de un día de banquete continuo. Colman sus corazones de deleites y placeres que poseen en abundancia (compárese con el hombre rico de Lucas 16:19, quien “hacía cada día banquete con esplendor”). Trágicamente, sin embargo, su *día de matanza* no se limitaba al sacrificio de ovejas. También tenían *otras* víctimas: **Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia.**

Las manos de los ricos, por lo tanto, estaban manchadas de fraude (Santiago 5:4) y de asesinato (v. 6). Hombres justos, que no se oponían a la injusticia, habían perecido en persecuciones instigadas por personas adineradas (véase 2:6-7). La culpa de los ricos es grave. Sorprendentemente, el oráculo profético de Santiago termina abruptamente en esta nota de condena. Sin embargo, el impacto retórico de esta conclusión repentina es efectivo. Es como si Santiago presentara el asesinato de los hombres justos como la acusación final y culminante contra los ricos, que justifica todo lo que ha anunciado para ellos en términos de catástrofe final.

Es de esperar que, después de esta dramática denuncia de la riqueza humana y de los ricos, los lectores de Santiago adopten una perspectiva más mesurada sobre el valor de los bienes materiales.

V. Epílogo: Persevera en las pruebas hasta el final (5:7-20)

A. La perseverancia será debidamente recompensada (5:7-11)

5:7. Aunque forma parte del cuerpo de la epístola, el oráculo profético de Santiago (5:1-6) establece las bases para su conclusión. Esta profecía no solo busca apartar a los lectores de la riqueza mundana, sino también animarlos a persistir hasta el final, sin importar las pruebas que estén atravesando en ese momento. Por lo tanto, necesitan **tener paciencia hasta la venida del Señor.** Las

dificultades pueden intensificar el anhelo por el regreso de Cristo, pero si los creyentes lo esperan solo como respuesta a sus propias circunstancias apremiantes, tendrán la tentación de ser impacientes en lugar de *pacientes*.

En la sociedad agrícola de Israel en tiempos de Santiago, la **lluvia temprana y la tardía** eran fenómenos bien conocidos: la primera llegaba a finales de otoño, tras la siembra, y la segunda a principios de primavera, antes de la cosecha. Por ello, el **labrador** que aguardaba pacientemente las lluvias estacionales, cruciales para producir **el precioso fruto de la tierra**, era un claro modelo de paciencia para los lectores de Santiago. Sin embargo, dado que la imagen de la cosecha está profundamente arraigada en la escatología del Nuevo Testamento (por ejemplo, Mateo 13:39), es probable que aquí también se aluda al Señor como el Divino Labrador, que espera con paciencia la consumación de todas las cosas.

5:8. En cualquier caso, ya sea que se piense en el agricultor humano o en el Divino, los lectores de Santiago pueden encontrar razones para tener **paciencia** y **afirmar** sus **corazones**, porque **la venida del Señor se acerca**. No obstante, al afirmar esta realidad, algunos se han preguntado si Santiago —como otros escritores del Nuevo Testamento— estaba equivocado. ¿Cómo es posible que *la venida del Señor se acercara* en tiempos de Santiago, si han pasado casi dos mil años sin que haya ocurrido? (Por supuesto, Pedro ya responde a esto en 2 Pedro 3:3-9). Existen varias respuestas a esta objeción, que nace de la incredulidad, pero la más apropiada en este contexto es la siguiente: la venida del Señor siempre *se acerca* (*ēngike*, “se ha acercado”) precisamente porque los creyentes no están separados de ella por ningún evento conocido (véase el versículo siguiente). A lo largo de más de veinte siglos, siempre ha tenido esta naturaleza, de modo que un creyente puede decir con razón: “Podría ser hoy”. Todo aquello que *debe* suceder —y que *podría* ocurrir hoy mismo— está, en un sentido muy legítimo, *al alcance*. Así, los lectores pueden usar esta verdad como medio para mantener la calma y mantenerse firmes, es decir, *afirmar* sus **corazones**.

5:9. Si de verdad tienen sus corazones afirmados en esta esperanza, los lectores no **se quejaran unos contra otros**. La palabra *quejarse* proviene del griego *stenazete*, que significa “gemir” o “suspirar”. A la luz de las *guerras y los pleitos* que

Santiago reprende anteriormente (4:1-3), este verbo suena relativamente suave en comparación. Santiago, con amabilidad, asume que su llamado al arrepentimiento (4:7-12) será atendido y que las iglesias disfrutarán de una mayor armonía y paz interna. Sin embargo, con realismo, Santiago advierte contra las quejas, incluso las más leves, entre cristianos. Aunque se trate solo de un “gemido” o un “suspiro”, deberían evitarlo, porque la venida del Señor puede ocurrir en cualquier momento.

Esta sensación de inminencia del regreso del Salvador se expresa en esta impactante metáfora: **he aquí, el juez está delante de la puerta**. Los lectores son comparados con un grupo de litigantes o acusados que esperan dentro de una sala del juzgado. Se requiere silencio absoluto por respeto al juez, quien está justo fuera de la puerta y a punto de entrar para tomar su lugar en el asiento de juicio. Como un lictor romano que anuncia la entrada inminente del juez, Santiago clama: “¡Silencio!”. Sus lectores cristianos deben silenciar completamente sus quejas unos contra otros, conscientes de que su Señor y Juez puede aparecer en cualquier momento y sentarse en el *Bēma* (Asiento de Juicio) para evaluar sus vidas (cf. 2:12-13; véase también Romanos 14:10-12; 2 Corintios 5:10). Por lo tanto, deben procurar que Él no los encuentre alimentando un espíritu de queja contra sus hermanos en la fe (cf. Romanos 14:12-13a).

5:10. ¿Necesitan los lectores más razones para perseverar pacientemente hasta el final? Si es así, pueden **tomar como ejemplo... a los profetas... que hablaron en nombre del Señor**. Santiago hace una transición fluida: de una exhortación fundamentada en la *profecía* (el Arrebatamiento, vv. 7-9) pasa a otra *basada en los mismos profetas*. Siervos del Señor como Daniel y Jeremías sabían bien lo que son la **aflicción** y la **paciencia**.

La palabra traducida como *aflicción* (*kakopatheias*) tiene matices de perseverancia ante las dificultades o el sufrimiento. Así, difiere un poco de *paciencia* (*makrothymias*), que implica autocontrol sobre el temperamento o las emociones, es decir, como tener una “mecha (*makro-*) larga” en el sentido de ser lento para enojarse. A los lectores se les ha dicho “tened paciencia (*makrothumēsate*) hasta la venida del Señor” (vv. 7-8) y que controlen su temperamento entre ellos (v. 9). Los profetas de antaño demostraron esta cualidad de autocontrol mientras soportaban muchas pruebas severas.

5:11. Pero a pesar de sus sufrimientos, dice Santiago, los creyentes miran con admiración y respeto a los profetas debido a su perseverancia. De hecho, tienen la misma actitud hacia todos los que soportan con firmeza las pruebas: **tenemos por bienaventurados a los que sufren**. Los lectores, por ejemplo, ciertamente podrían decir esto de Job, cuya **paciencia** (*hypomonē*, “perseverancia”) en medio de la prueba fue justamente celebrada entre quienes honraban el Antiguo Testamento. También han **visto** —en la conocida historia bíblica— **el fin del Señor**. La palabra *fin* se refiere claramente a la conclusión del Libro de Job, donde se afirma que “Y bendijo Jehová el postrer estado de Job más que el primero” (Job 42:12). Dado que Job terminó sus días con mucho más de lo que tenía al principio, los lectores podían ver por sí mismos **que el Señor es muy misericordioso y compasivo**.

La implicación de esto, sin duda, es que los lectores pueden esperar ser “compensados” por aquello que hayan soportado (o perdido) en medio de las pruebas que Dios les ha enviado, siempre que, por supuesto, hayan mantenido una conducta apropiada, como lo hicieron Job y los profetas. No obstante, el lenguaje general que emplea Santiago simplemente afirma que Dios es verdaderamente *misericordioso* y *compasivo* con quienes soportan bien las dificultades. Los lectores no tendrían motivos para pensar que su compensación sería necesariamente material, como sí lo fue en el caso de Job. Es probable que Santiago esté pensando principalmente en los beneficios espirituales de las pruebas (cf. 1:1-12). Sin embargo, dado el contexto que apunta con fuerza hacia la venida del Juez (vv. 7-10), también es natural pensar que Santiago tiene en mente las recompensas que se otorgarán en el Tribunal de Cristo (véase 1 Corintios 3:14; 2 Corintios 5:10). Basta decir que Santiago creía plenamente que la perseverancia en las pruebas sería abundantemente recompensada por un Señor *misericordioso* y *compasivo*.

B. La oración puede afianzar la perseverancia (5:12-20)

El contenido de 5:7–11 está cuidadosamente entrelazado por Santiago en un llamado amplio y general a perseverar con paciencia hasta el regreso del Señor. Ahora, en el segmento final de su epístola, Santiago ofrece consejos prácticos y específicos

relacionados con la necesidad que tienen sus lectores de perseverar. Igual que con las tres exhortaciones de 1:19, sucede lo mismo aquí.

5:12. En primer lugar, Santiago desea que eviten los juramentos. Las palabras **sobre todo** (*pro pantōn*) sirven para dar énfasis, no para colocar este mandato por encima de todos los demás. Es precisamente cuando las personas están bajo presión —en medio de pruebas— que tienden a usar un lenguaje inapropiado, como hacer juramentos. Este tipo de juramentos, usados para reforzar la veracidad de una afirmación, implica que las declaraciones comunes no son suficientemente confiables. Por tanto, los lectores deberían abstenerse de este tipo de juramentos: **no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento**, tal como también el propio Señor enseñó (Mateo 5:34). En lugar de ello, deberían ser personas de palabra, cuyas simples afirmaciones y negaciones —“sí” y “no”— sean suficientes, sin necesidad de añadirles una validación adicional mediante un juramento.

En este punto, la Reina-Valera 1960 traduce un texto griego que significa **para que no caigáis en** (lit., “bajo”) **condenación** (*hypokrisin*). La Reina-Valera 1977 lo traduce como “para que no caigáis bajo juicio”. Es muy probable que los pocos manuscritos antiguos que contienen este texto reflejen un error de escriba, en el que se omitió la pequeña palabra griega *eis* (“en”). Esto dejaría el texto como *hypokrisin* (hipocresía), que los editores ahora dividen en *hypo krisin* (“bajo juicio”). Una gran mayoría de los manuscritos griegos de Santiago incluyen *eis*, por lo que el texto debería leerse como “para que no caigáis en hipocresía” (*eis hypokrisin*).

El que recurre a juramentos cae fácilmente en la hipocresía, ya que esto le da la oportunidad de mentir bajo la apariencia de una solemne afirmación de veracidad. Pedro cayó precisamente en este tipo de hipocresía al negar al Señor. La sabiduría de Santiago se resume así: un creyente no debería necesitar nunca un juramento para probar que “¡esta vez lo digo en serio!”. En cambio, debería “decirlo en serio siempre”. De este modo, evitará la trampa de los juramentos, que fácilmente conducen a una comunicación hipócrita.

5:13. La calma y el comportamiento adecuado, incluso bajo presión, es lo que Santiago realmente busca aquí. Un juramento impulsivo es una respuesta inadecuada ante cualquier circunstancia. Pero ¿qué sucede si alguien está realmente **afligido**? En ese caso, es adecuado orar. ¿Y si alguien está **alegre**? Entonces, lo apropiado es

la alabanza. La palabra *psalletō*, traducida como **cante alabanzas** (RVR1960) seguramente capte correctamente el sentido más general del griego de “cantar en alabanza” a Dios, aunque es probable que en la iglesia primitiva tales canciones se basaran a menudo en los salmos de las Escrituras del Antiguo Testamento. Esta interpretación la recoge la RVA y RVA-2015 traduciendo el texto griego como “cante salmos” y “¡Que cante salmos!”, respectivamente.

5:14-15. En un sentido más específico, ¿qué sucede si la persona que sufre (mencionada en el v. 13) está pasando por una enfermedad? La oración, sin duda, resulta apropiada (v. 13), pero en este caso el **enfermo** tiene acceso a un tipo especial de oración. El *enfermo* puede **llamar a los ancianos de la iglesia**. Estos hombres vendrían y, después de **ungirlo con aceite en el nombre del Señor, orarían por él** (la gramática griega sugiere de forma natural que la *unción* precede a la oración). Cuando Dios concedía a uno o a varios de estos hombres orar una **oración de fe**, esa oración **salvaría al enfermo** de morir, y **el Señor lo levantaría**.

Aquí no se menciona que los *ancianos* posean algún don de sanidad. Más bien, estos líderes de la iglesia actúan simplemente como intercesores en favor del *enfermo*. Santiago tampoco dice que la recuperación ocurra *siempre*. En ciertos casos, los ancianos podrían no tener en absoluto la certeza de que la recuperación sea lo mejor. Cuanto más fundamentados en la Biblia y espiritualmente perceptivos sean los ancianos de una iglesia, más fácilmente podrán evaluar espiritualmente la situación concreta y orar en consecuencia.

Dado que esta unción debía hacerse *en el nombre del Señor*, al menos podríamos entender que simboliza la dependencia en la *soberanía* de Dios sobre el proceso de sanación. Solo el *Señor* soberano tenía el poder de *levantar* al enfermo. Esto concuerda con el hecho de que gran parte de las unciones con aceite en el Antiguo Testamento representaban la elección soberana de Dios de una persona para un rol específico, ya sea como profeta, sacerdote o rey.

Ahora bien, existe la posibilidad de que la *unción* mencionada por Santiago fuera una práctica medicinal popular de la época (cf. Marcos 6:13; Lucas 10:34). El uso de aceite era un remedio casero para los enfermos. De ser así, los ancianos orarían por el enfermo después de haberle administrado el remedio.

A continuación, Santiago observa que, en casos donde ha ocurrido pecado, pueden darse tanto el perdón como la sanación. Sin embargo, las palabras **si hubiere cometido pecados** sirven como una advertencia necesaria. No toda enfermedad es el resultado del pecado (como algunos enseñan), aunque algunas sí pueden serlo (cf. 1 Corintios 11:30). El hecho de que alguien llame a los ancianos de la iglesia sugiere que está dispuesto a hacer frente a cualquier pecado subyacente que pueda haber cometido. Obviamente, *los ancianos* deberían hacer las indagaciones apropiadas sobre esto, salvo que la situación sea tan clara que no sea necesario hacer preguntas. Esto hace aún más evidente que quizás no sea prudente que estos líderes de la iglesia inicien el procedimiento por iniciativa propia descrito por Santiago. Si el propio *enfermo* no los ha llamado, podría haber algún pecado en su vida que no esté preparado para afrontar.

5:16. Sin embargo, todos los lectores de Santiago deberían estar dispuestos a hacer una confesión abierta y honesta de pecado, la cual es un preludio necesario para la sanación (**para que seáis sanados**). Cabe destacar que el mandato **confesaos vuestras ofensas unos a otros** aparece dentro del contexto de la discusión de Santiago sobre la enfermedad y no debe interpretarse como una exhortación general. No existe ningún mandato bíblico que requiera una confesión pública de todos nuestros pecados conocidos. La confesión a Dios es necesaria respecto a cualquier pecado del que uno sea consciente y debe realizarse conforme a 1 Juan 1:9. Sin embargo, solo aquí en las Escrituras aparece el mandato de confesarse **unos a otros**, y se encuentra plenamente enmarcado dentro de la necesidad de que los ancianos y otros cristianos oren (**orad unos por otros**) para que Dios restaure al enfermo.

Parece evidente que, en los vv. 14-15, Santiago no se refiere a una sanación instantánea tras la oración de los ancianos. Más bien, se refiere a una oración conjunta de los ancianos y de la congregación, orientada a una recuperación definitiva más que inmediata. Sin embargo, si el enfermo sospecha que está bajo la disciplina de Dios, debería estar dispuesto a reconocer abiertamente sus faltas, para así despejar el camino hacia una oración eficaz.

¡La oración *puede* obrar maravillas! No obstante, no lo hará si proviene de un corazón injusto o si es insustancial, frívola y superficial. Más bien, **puede mucho** cuando es **oración eficaz del justo**. La palabra *eficaz* de la RVR1960 traduce la forma verbal

griega *energoumenē*. La versión RVA-2015 la traduce como *ferviente*. Este término griego es difícil de traducir con precisión al español. Dado que el verbo “energizar” proviene precisamente del verbo griego original, la declaración de Santiago podría parafrasearse como “una oración energizada espiritualmente” o “una oración energizada por Dios”. La idea es que este tipo de oración tiene un efecto más profundo que aquellas que se pronuncian con ligereza o por mera rutina. Santiago se refiere a una oración que brota del Espíritu y del corazón. Solo un hombre justo puede ofrecer tal oración. Además, Santiago da a entender que, si el enfermo se aparta de cualquier pecado que haya cometido, incluso él mismo podría orar de manera eficaz. De hecho, esto es precisamente lo que hizo el justo Rey Ezequías en un momento de enfermedad casi mortal (2 Reyes 20:2-6), aunque, hasta donde sabemos, su enfermedad no estaba relacionada con el pecado.

5:17. Como ilustración clásica de “la oración eficaz del justo”, Santiago recuerda a **Elías**, que **era un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras**. Si sus lectores estaban tentados a pensar que *Elías* era una especie de superhombre espiritual cuya vida de oración era irreproducible, estaban equivocados. *Elías* era tan humano como cualquiera. Y, sin embargo, su oración logró cerrar los cielos **por tres años y seis meses**. Al afirmar que *Elías... oró fervientemente*, Santiago emplea una frase que tiene sus raíces en un modismo hebreo. La expresión griega *proseuchē prosēuchato* significa literalmente “oró con oración”, y podría parafrasearse como: “realmente oró”. La referencia, como sugiere la Reina-Valera, está relacionada con el concepto previamente mencionado de una “oración eficaz/ferviente” (v. 16). Con esta expresión, Santiago da a entender que fue precisamente ese tipo de oración la que *Elías* elevó a Dios. Los resultados hablan por sí mismos.

5:18. Esta tampoco fue una experiencia aislada de oración en la vida de este *hombre justo*. Más bien, **otra vez oró**, y su oración afectó al **cielo**, que **dio lluvia**, y a la **tierra**, que **produjo su fruto**. Santiago sugiere que sus lectores cristianos también pueden lograr mucho (véase la expresión *puede mucho* en el v. 16) si son personas justas que oran con fervor.

Santiago deja atrás el tema de la enfermedad con el que inició su discusión sobre la oración (v. 16). La sanación de dolencias físicas fue solo uno de los posibles resultados de la oración eficaz. Como

sabían todos los que recordaban la historia de Elías, las oraciones de este profeta fueron instrumentos que Dios usó para llamar al arrepentimiento a su pueblo, Israel (1 Reyes 18). La oración que cerró el cielo puso a Israel bajo la disciplina divina, mientras que la oración que lo abrió nuevamente trajo la bendición de Dios, pero esto ocurrió solo después de que la nación se arrepintiera y abandonara la adoración de Baal. Así, Elías apartó a toda una nación del error de su camino (v. 20). De igual manera, los lectores de Santiago también tenían ante sí oportunidades para orar con ese mismo propósito.

5:19. Esta verdad se presenta con claridad en la declaración final de la epístola (vv. 19-20), la cual no debe interpretarse como algo aislado de la discusión anterior sobre la oración. Santiago ya ha revelado que, entre las iglesias a las que escribe, podía haber personas enfermas culpables de pecado, cuya necesidad podía atenderse mediante la oración. Sin embargo, también podía haber quienes se desviarán espiritualmente, sin estar físicamente enfermos. Santiago reconoce claramente que esta necesidad existe y que el pecado, lamentablemente, es una realidad en la vida cristiana. Por ello, afirma: **si alguno de entre vosotros se ha extraviado de la verdad**, cualquiera de sus lectores podría ser el instrumento que **le hace volver**, como Elías lo fue para Israel. Ni siquiera es necesario que Santiago aclare que esto solo puede lograrse por medio de la oración. Elías sirve como modelo evidente para tales esfuerzos de restauración.

5:20. Y estos esfuerzos ciertamente valían la pena. De hecho, cualquiera **que haga volver al pecador del error de su camino** (*hodou*) lo aparta, en realidad, de una senda de pecado que podría llevarlo a la muerte física (véase 1:15). Así, los esfuerzos de un cristiano por restaurar a su hermano en el camino de la obediencia pueden tener consecuencias tan significativas como salvar una vida. Si tiene éxito, **salvará de muerte un alma** (*psychē*, “vida”, “persona”), pero logrará aún más, ya que un pecador restaurado recibe el perdón misericordioso de Dios. De esta manera, los muchos pecados acumulados y multiplicados por alguien que se aparta de Dios quedan fuera de la vista cuando ese hombre vuelve a Dios. La palabra *kalypsei*, traducida aquí como **ocultará**, significa “ocultar”. La **multitud de pecados** del pecador restaurado queda ahora fuera de la vista gracias al perdón que ha recibido. El hermano

La epístola de Santiago

que, con amor, lo hace volver es reconocido no solo por preservar la vida de su hermano cristiano, sino también por contribuir a que esté limpio, como si sus esfuerzos hubieran eliminado de la vista todas las deformaciones morales creadas por el pecado (aunque, por supuesto, solo el Señor realmente purifica a alguien). Gracias a este compromiso personal, el cristiano que antes se había desviado ahora está vivo físicamente y limpio espiritualmente.

Y aquí concluye la epístola. Pero de ninguna manera se trata de un final plano o anticlimático. Al contrario, en su impresionante conclusión (5:7-20), Santiago ha llevado a sus lectores desde un estado de queja mutua (v. 9), pasando por una preocupación amorosa y recíproca por las necesidades físicas de los demás (v. 16), hasta el punto más elevado: la preocupación por el pecado de un hermano (vv. 19-20). Cuando los creyentes alcanzan este nivel, realmente han superado su preocupación egocéntrica por las pruebas y dificultades personales. Ahora tienen la mirada puesta en las necesidades espirituales de sus hermanos, sus corazones se elevan en oración por ellos, y sus manos se extienden para ayudarlos a volver al camino correcto.

¿Quieres más?

¿Te ha gustado *La epístola de Santiago: Un comentario breve*? Entonces te invitamos a visitar el blog **Su Gracia Gratuita** en español, donde cada semana publicamos artículos traducidos del *Grace Focus Blog*. Son textos breves sobre distintos temas bíblicos y están disponibles de forma gratuita en el sitio web faithalone.org. Puedes acceder desde este enlace:

faithalone.org/category/su-gracia-gratuita/

También puedes encontrar libros traducidos al español en:

<https://store.faithalone.org/>